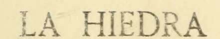

3 1761 09545952 5




LA HIEDRA

E. MARQUINA

# LA HIEDRA

TRAGEDIA VULGAR, EN TRES ACTOS Y EN PROSA






RENACIMIENTO

MADRID
SAN MARCOS, 42

BUENOS AIRES
LIBERTAD, 170

1914

IMPRENTA DE JUAN PUEYO, MESONERO ROMANOS 34, MADRID

Esta obra se representó por primera vez en el Teatro Español de Madrid, la noche del viernes 27 de Febrero de 1914, con el siguiente reparto:

| PERSONAJES | ACTORES |
|---|---|
| CARMEN (35 años)...... | Srta. D.ª Nieves Suárez. |
| GLORIA (25 íd.).......... | » » María Palau. |
| ENGRACIA (28 íd.)...... | Sra. » Carmen Muñoz. |
| PABLO (45 íd.)........... | Sr. D. Ricardo Calvo. |
| ISIDRO (75 á 80 íd.)..... | » » José Santiago. |
| ENRIQUE (27 íd.)........ | » » Antonio Suárez |
| ESTREMERA............ | » » J. Capilla. |
| GUEVARA ............ | » » Teófilo Palau. |

La acción en Madrid.—Época actual.

# ACTO PRIMERO

Salita modesta, de casa burguesa. A la derecha, dos puertas. Al fondo, puerta sobre un corredor y otra puertecita de escape. A la izquierda, puerta grande, de cristales, tapados hasta la mitad con visillos de muselina y comunicando con el laboratorio de D. Pablo. A la derecha, entre ambas puertas, chimenea de mármol. Al levantarse el telón está Engracia acabando de cerrar las puertas del fondo y de poner en orden los muebles de la sala.

ENGRACIA

Así... Martes, nada más, y hacemos sábado... ¡sí que debe ser personaje ese señor!

Entra Gloria por la puertecita del fondo.

GLORIA

¿Ha vuelto Carmen?

ENGRACIA

No, señorita... ¿Se siente mal la señorita?

GLORIA

No, no; gracias.

*Mira, extrañada del trajín que lleva la chica.*

ENGRACIA

No me mire usté con esos ojos, señorita. Me lo mandó la señora. Se ha hecho toda la sala de arriba abajo, y toda la casa ha querido que se hiciera para recibir á ese señor.

GLORIA

¿De quién hablas?

ENGRACIA

Aquí se le nombra muchas veces: ese que va para ministro...

GLORIA

¿Don Julio Quintana?

ENGRACIA

Don Julio Quintana, sí, señorita. Creo que vendrá esta tarde.

Una breve pausa.

¡Vamos, que la casa va para arriba, señorita! Cada día un paso más y cosas nuevas. La señora no descansa; nunca está contenta... A mí misma, ¡me echa unos regaños!

GLORIA

¡Si es tan buena!...

ENGRACIA

¡Lo que ella tendrá hecho por mejorar y mejorar! Cuando entré en la casa, hará seis años, se me cayó el alma á los pies... ¿Dónde te has metido, Engracia?... Porque, señorita, sin exageración: á usté le vivía entonces su madre y no estaba con los señores...; pues olvidando que han de subirse dos pisos para llegar aquí, parecían la familia del portero... ¡Como el señor Isidro, el viejo, ya entonces no soltaba ni para comer, su gorra de galón y su librea...!

GLORIA

Sonriendo.

¡Si él te oyera, Engracia! ¡Su uniforme de bedel! ¿Librea, dices?...

ENGRACIA

Da lo mismo... Y el señor Isidro sí que no ha cambiado: como era, es hoy; ni más, ni menos.

GLORIA

Tiene el orgullo de su humildad; pero es un buen hombre.

ENGRACIA

¿En su casa de usted habría un disgusto, verdad, cuando don Pablo, su hermano, se quiso casar con la señora?

GLORIA

Yo era niña; no recuerdo...; pero ¿por qué, Engracia?...

ENGRACIA

¡A ver!... La posición... Al fin y al cabo la señora era hija de un portero... ó de eso que usté dice, bueno; y su hermano de usté, don Pablo, un hombre de carrera... Me parece que había diferencia...

GLORIA

¡Bah!... No creas tú que tanta, Engracia. A mi hermano y á mí nos educaron bien, porque mi padre, que era contratista de obras y un hombre muy listo, gastó mucho en eso. Pero en cuanto á posición, ya él lo decía: "ni hijos de ricos, ni padres de pobres; pero con días de unos y de otros". Y hay mucho así en Madrid, no creas... Sin ir más lejos, esta casa: estábamos igual...

Una pausa.

¿Llaman, verdad?

ENGRACIA

Saliendo.

Será el señorito estudiante que habla con usted.

GLORIA

¿Cómo?

ENGRACIA

Desde la puerta del fondo.

Bueno: que le dice alguna cosa, cuando llega rezagado.

GLORIA

*Afectando indiferencia.*

Me da las buenas tardes...

*Sale ENGRACIA y á los pocos segundos entra por el fondo ENRIQUE, que saluda á GLORIA con visible encogimiento: también GLORIA aparece un poco cohibida.*

ENRIQUE

*Saludando.*

Glorita.

GLORIA

Enrique.

ENRIQUE

Buenas tardes... ¿Están ya en la lección?

GLORIA

Hace un momento. Ya sabe usted que mi hermano es puntual. Y aunque él se olvidara, Isidro no

le dejaría. Hasta los de casa quiere que veamos que fué en sus tiempos buen bedel.

ENRIQUE

Es cierto, Glorita... ¿Y usted va estando mejor, Glorita?

GLORIA

Voy estándolo, Enrique...

ENRIQUE

Pues como ya he tenido el gusto de saludarla, entraré á prácticas. Don Pablo no ve con buenos ojos que lleguemos tarde

GLORIA

Como usté quiera, Enrique.

ENRIQUE

Gracias, Glorita. Adiós, Glorita.

GLORIA

Adiós, Enrique.

Gloria abre la puerta de cristales y Enrique entra en el laboratorio Engracia, que sigue ordenando la sala, sonríe.

ENGRACIA

¿Qué tendrán los estudiantes?... Este don Enriquito no es tan animado que digamos; y, sin embargo, yo no sé, pues da alegría.

GLORIA

Ingenua.

¿Verdad que sí?

Voz de Isidro, carraspeando y gruñón por el corredor.

ISIDRO

¡Engracia! ¡Engracia! ¡Engracita!...

ENGRACIA

En voz baja, acercándose á Gloria.

¡El viejo! No vaya la señorita á decirle nada de

la visita que esperamos. Me lo encargó la señora. Ya sabe usted que al señor Isidro todo se le vuelven chismes, y ella es muy reservada con su padre. Yo creo que el pobre está chiflado.

GLORIA

Yo le hablo muy poco. A veces me da pena, y á veces me da miedo.

ISIDRO

Entrando.

¡Engracia!... ¡Ven acá!

Se dirige á ella furioso y la sujeta, sacudiéndola por los hombros con verdadera furia: viene el viejo en mangas de camisa y tiene congestionada la cara.

¡Si ahora mismo no aparece mi chaqueta de uniforme, te estrangulo!... ¿dónde está?... ¿La has escondido?

ENGRACIA

Apurada y con pánico.

¡Por la salud de mi madre, que esté en gloria, no

la he visto!... ¡le juro á usted que no la he visto! Lo mismo lo diría: ¡suelte usted!...

Logra desasirse del viejo con un brusco esfuerzo.

ISIDRO

Glorita... Me han escondido mi chaqueta de uniforme.

ENGRACIA

Desde el fondo.

¡Lástima no le hayan escondido la botella del coñac!

ISIDRO

Siempre á GLORITA.

¡Si tu hermano supiera los tratos que me dan las dos!... mi hija, lo mismo que esta lagartona de Engracia, que lo hace por adularla nada más. . ¡No te rías, ó te mato, Engracia!

ENGRACIA

Defiéndame usted, señorita!

GLORIA

Déjela usted, Isidro; ya buscaremos la chaqueta. No se apure usted.

ISIDRO

¿La buscaremos, verdá? ¿Me ayudarás, Glorita?... ¿No te parece que entre en el cuarto de Carmen?

Señala la lateral derecha de primer término.

Tal vez ella la cogió...

GLORIA

Será posible; para cepillarla...

ENGRACIA

Que falta le hacía.

ISIDRO

A Glorita.

¿Sí, verdá?... Pues entonces entro, ¿verdá? Y tú

me ayudas luego... Me lo has prometido; tú me ayudas, ¿eh?

Hace mutis por la lateral derecha de primer término.

GLORIA

No lleva otra idea

ENGRACIA

Que ha terminado de poner la sala en orden y que va á salir, desde la puerta.

Y con eso, la energía que se saca y el juicio que tiene para lo demás, que asusta cuando se pone...

Como si hubiera oído un timbrazo.

¡La señora!

Sale ENGRACIA por el fondo. GLORIA un instante mira por encima de los visillos, hacia lo interior del laboratorio. Entran ENGRACIA y después CARMEN por el fondo.

¡Señorita, señorita!... ¡y cómo viene la señora! ¡qué de cosas trae!... ¡fiesta grande, fiesta grande!...

CARMEN llega con unas flores y unos paquetes, cargada. GLORIA corre á ella para abrazarla.

GLORIA

¡Oh, flores y todo!... ¡qué bonitas, Carmen!... Pero tú más que ellas.

CARMEN

Pues me cuestan un ojo de la cara... Sólo que era necesario. Ya verás. Con aquel jarrito de cristal que está sobre la chimenea y aquí, á un lado de la mesa, va á quedar la sala una preciosidad...

ENGRACIA

¿Lo hago, señora?

CARMEN

¡No, por Dios!... ¡Déjalas estar!... Toma: esto es para ti.

ENGRACIA

¡Qué precioso!

CARMEN

Pues es porcelana barata y del país. Unos que he visto, ingleses, con su bandejita y todo... sí que

eran preciosos. ¡Pero quién se atreve con ellos! ¿Por qué no esperarán para hacer cosas bonitas á que yo pueda gastarlo? ¡Me da una rabia!

GLORIA

¡Qué cosas tienes!..

CARMEN

Pues me amargan la vida... En fin, cómo ha de ser...

ENGRACIA

¡Qué vajilla! ¡Si parecen juguetes!

CARMEN

Es para el te... ¿Sabrás tú hacerlo?. .

ENGRACIA

¡Pocas veces que en el pueblo tuve que hacérselo á mi madre! Tenía las bilis, y una taza de te bien caliente, bien caliente, como mano de santo la curaba...

Entre todas van deshaciendo el papaquete. ENGRACIA continúa.

¿Y el señor que esperan ustedes, también está delicado? Tendrá muy mal humor, si sufre como mi madre.

CARMEN

A GLORIA.

Pero ésta se figura que el te es una medicina...

GLORIA

Ni más ni menos.

ENGRACIA

¿No es así?... ¡cuánta jarrita!

CARMEN

Dándolas por su orden.

Para el te, para el agua...

ENGRACIA

¿No van juntos?...

CARMEN

*Impacientándose.*

Nada: no sabes.

GLORIA

Yo la iré guiando; no te apures.

CARMEN

Sí, Glorita; hazme el favor: mira que es muy bruta.

*Sale Engracia, cargada, y cuando se disponía á salir Gloria también, Carmen le pregunta señalando al laboratorio.*

¿Están en la lección?

GLORIA

*Quedándose.*

Hace un ratito... ¿Ves, mujer?... Estas lecciones particulares siempre le dejarán alguna cosa á Pablo...

CARMEN

No te creas tú que un dineral; ¡valientes potentados están hechos sus discípulos!

GLORIA

¿Ni Enrique tampoco?...

CARMEN

Hija, tampoco... ¿para qué voy á engañarte?

GLORIA

Disimulando.

Como viste arregladito...

CARMEN

Intencionada.

Y es simpatiquísimo... pero rico, no.

GLORIA

Cortando.

¡Bah!... Voy con Engracia. Y tú, descuida.

CARMEN

Oye, además. Esto está frío. Cuida de que añadan fuego á la chimenea alrededor de las cinco... ¿Verdad, hija? No te olvides.

GLORIA

No me olvido.

GLORIA retira de la mesa los papeles en que el servicio vino envuelto, y se dispone á salir. CARMEN, cariñosa y mimosa la acompaña hasta la puerta del fondo.

CARMEN

Porque, mira, ese señor Quintana es nada menos que Director General... Y está decidido á hacer lo que pueda por nosotros. ¡Más amable! Le conocí en casa de Arroyo: ¿no te lo había dicho? Todo un caballero. ¡Ese sí que es potentado y viste bien! ¡Si vieras!... Le encuentro allá muchas tardes y no se cansa de ponderarme los méritos de Pablo. Ya le ha conseguido el nombramiento para el Congreso de Alemania. Y viene á traérselo. Que por eso viene.. ¡Hija, y hay que hacer todo lo posible para irle interesando!... ¡A ver si así subimos un poco! ¡Que nos hace buena falta!

GLORIA

Saliendo.

Dios querrá que sí.

CARMEN

Vaya, Glorita, no te olvides del te, ni de la leña.

Se fué GLORIA. CARMEN, encantada al parecer, se dirige hacia la chimenea, toma el jarrito de cristal y durante la escena que sigue, coloca el ramo.

¡Y yo, á mis flores!...

A los pocos segundos, en mangas de camisa todavía, aparece ISIDRO en la lateral derecha, primer término.

ISIDRO

Carmen: mi chaqueta de uniforme.

CARMEN

La he quemado.

ISIDRO

Mi chaqueta de uniforme.

CARMEN

Alguna vez había de llegarle á usted el fin de sus manías, y á mí el no verle vestido de máscara: la he quemado.

ISIDRO

¡Carmen!... pero no, no puede ser; no me dió el tufillo. ¿Dónde está? Responde.

CARMEN

Puede usted ponerse el traje negro. Se la dí al trapero.

ISIDRO

Los remordimientos que te entran viéndome con ella querrías tú darle: dime dónde está.

CARMEN

No tengo remordimientos de nada. Y mañana se la devuelvo.

ISIDRO

¿Cambiarás un día de tratarme así...?

CARMEN

Cuando usted cambie de modo de ser... Y no que creo yo que lo hace á posta, para mortificarme.

ISIDRO

¿A tí?... Sí que fuiste algún tiempo las niñas de mis ojos... pero se acabó... Dame el uniforme. Ahora, justamente porque recuerdo el tiempo aquel, estorbo.

CARMEN

¿Ve usted el hombre?... ¿Negará también que esto es inquina y no sabe hablarme sin ella hace ya tiempo?... Pues con su pan se lo coma y quédeme yo en paz; que no todas las veces tendré culpa.

ISIDRO

¡La tuviste una vez sola, pero aún dura!

CARMEN

¿Fué para malo, al fin y al cabo?

ISIDRO

¡Bah! No hablemos.

CARMEN

¡Sí, respóndame usté! ¿Fué para malo? ¿No es esta casa mejor que la nuestra?... Orgulloso estaba usté, siendo bedel, porque tenía de huésped al don Pablito de sus entretelas, el mejor estudiante de la Facultad; pues hoy, al cabo de los años, ¿no es mi marido aquel portento, y usté, que casi le miraba de rodillas, no puede usté, delante de Dios y de los hombres, llamarle su hijo á boca llena? ¿Y quién hizo el milagro? Me parece que con no guardarme, que usté dice, todo eso ganamos.

ISIDRO

¿Ganar dices? No; con no guardarte, lo robaste tú.

CARMEN

Yo, sí; porque Pablo se chupaba el dedo.

ISIDRO

¡Habla con respeto de él, delante de mí á lo menos!...

CARMEN

Pues tratamiento tampoco voy á darle, porque

sea catedrático auxiliar... ¡hasta rector!... Y á su paso, y con lo encogido y poca cosa que es, tenemos para unos años todavía.

ISIDRO

No fué siempre así.

CARMEN

Claro que no; y á las pruebas me remito, por mi parte. Pero así se ha vuelto.

ISIDRO

Plomo que lleva en el ala; tú sabrás.

CARMEN

¿Yo? ¿También yo, verdad? Pero hombre, si tanta carga soy, ¿tiene más que sacudirse un día y que soltar la carga? ¡Si había de ser para que él fuera ganando!... Al fin y al cabo, ustedes me casaron. A mí no se me hubiera ocurrido que fuese buena para tanto. Y no me quejo; pero creo que estábamos mejor cuando cada uno era cada uno. Yo hago mala pareja, padre: corro demasiado, á veces, y aunque no sea para mal, cansa seguirme: ya lo sé.

ISIDRO

¡No necesitaba de que lo dijeras, mira tú! También sabemos de tus idas y venidas... ¿oyes? Pero ahora, si alguna vez llegara el caso, ¡tiembla!

CARMEN

Quiere decir que me amenaza... ¿usted á mí?

ISIDRO

Yo á ti.

CARMEN

¿Con qué derecho?

ISIDRO

Con todos; padre soy, los tengo.

CARMEN

Sí; los tuvo todos hasta aquella tarde que á usté se le recordará... ¿Recuerda usté? Aquella tarde, cuando se dejaba usté llorar como una Magdalena, hasta alcanzar reparación, que usté decía, se le acabó el mando que tuviera en mí. Sépalo usté. Y

si lo sabe y lo olvida, recuérdelo usté. No vaya á ser yo quien tenga que recordarle otras cosas; estoy en mi casa; no faltaba más. Y á amenazarme, nadie; á mandarme hoy, uno solo: mi marido... ¿Qué no es tan cascarrabias como usté?... Pues conste que ustedes dos se lo guisaron. Ni para bien, ni para mal; ni para casarme, ni para que siguieran las cosas como estaban, dije yo esta boca es mía. Lo hicieron ustedes, lo quisieron ustedes; santo y bueno.

ISIDRO

¿Vas á acabar por pintarme que había otro remedio?

CARMEN

Yo no lo buscaba.

ISIDRO

¿Pero qué hubieras hecho en este mundo, desdichada?

CARMEN

¡Todo, menos echarme encima obligaciones; ya lo sabe usted!

ISIDRO

¡Eso me lo pudiste decir aquella tarde y habrías sabido cómo se contesta á una hija descastada!

CARMEN

¡Aquella tarde!... Me faltaba aguante para dejarle á usté llorar... ¡usté no se oía!... ¡si estuviéramos á hacer segunda vez las cosas!...

Malhumorada, entra por la lateral izquierda y sale al momento, llevando en la mano el chaquetón y la gorra del bedel.

¡Tenga usté, ya que se empeña, y vístase de máscara! Así como así, por años que viva, no ha de ver más allá que estos galones. ¡Da grima!

ISIDRO

Furioso.

¡Carmen!

CARMEN

¡Ya está dicho!

ENRIQUE

Se entreabre la puerta de cristales que conduce al laboratorio y ENRIQUE, asomando la cabeza, dice:

Que si tienen ustedes que hablar, hablen bajito. Dice don Pablo que lo agradecerá; que dentro no nos entendemos para dar lección.

ISIDRO

Extraordinariamente compungido, con la gorra en una mano y la chaqueta en la otra, al estudiante.

Perdón; yo he sido. Diga usté que yo he sido, don Enrique; perdonen ustedes; ¡más quisiera estar ahora mismo seis palmos bajo tierra, que...

CARMEN

Secamente, interrumpiéndole.

Diga usté que está bien.

ISIDRO

Vuelve á cerrarse la puerta de cristales; hay una pausa y dice el viejo:

Otra que he de agradecerte á ti.

CARMEN

Sin darle importancia.

Pues sí que es grave, padre.

ISIDRO

Más que piensas; porque ésta es en lo mío propio, en los gālones que tú dices... ¡Vocear estando en clase, y yo, un bedel!... ¡Por ti había de ser!

CARMEN se encoge de hombros: el viejo, como si cumpliera un acto religioso, enfunda su chaqueta de uniforme.

Así... ¿te enteras?... Mis canas de padre y mi conciencia de hombre Dios sabe cómo estarán á estas horas, de barro y de vergüenza... Pero debajo de esta gorra y de esta ropa, como son tantos años de cumplir, pues me parece que ganan y se limpian... ¡Hasta para que me entierren, las prefiero á un hábito!...

CARMEN

Chochea usté; pero, en fin, haga lo que quiera.

ISIDRO

Calándose la gorra con orgullo.

Ya está hecho.

CARMEN

Sólo que, esta tarde, después de la lección, vendrá el señor Quintana. Y porque no le viera en esa facha; porque hay manías que si no se explican extrañan al de fuera, yo escondí la ropa. Ahora, si usté prefiere ser usté mismo el que se esconda, eso á su gusto.

ISIDRO

Está entendido.

CARMEN

Yo quería ahorrarme de decírselo á la cara... pero como usté porfía hasta el final...

ISIDRO

¡Sí, hija mía; si estoy hecho! De modo que, después de prácticas...

Consulta el reloj.

Y á don Julio Quintana, director de Instrucción y en vísperas de ser ministro, ¿qué se le ha perdido aquí?

CARMEN

Dinero no será; creo que viene á ver á Pablo,

porque le ha conseguido el nombramiento para ese Congreso de Alemania.

ISIDRO

Ya. ¿Y Pablo tendrá que marcharse...?

CARMEN

Naturalmente; él lo ha pedido... ¿Qué quiere usté decir?

ISIDRO

Ha vuelto á mirar el reloj.

Nada, ahora; cállate, que voy á abrir la puerta.

Y con una gravedad de funcionario en el uso de sus funciones, llega hasta la puerta de cristales, se quita la gorra y abre.

CARMEN

¡Hasta la coronilla me tienen sus pamplinas!

ISIDRO

¡Silencio en los patios! Va á salir el señor catedrático.

Introduce el busto por la puerta entreabierta y se le oye decir:

Pablo, señores, ¡la hora!

CARMEN

¡Bah, está loco!

Sale Pablo, rodeado de sus tres discípulos Enrique, Guevara y Estremera. Isidro, gorra en mano, les da paso. Luego vuelve á cerrar la puerta y va á sentarse en una silla junto á la del fondo. Carmen contesta con una inclinación á la inclinación de los estudiantes, que se detienen al verla en la sala.

GUEVARA

Señora.

CARMEN

Señores.

Carmen recoge el sombrero que dejó sobre el mármol de la chimenea y se dispone á salir hacia su cuarto.

PABLO

Al movimiento de su mujer y dejando de atender á sus discípulos.

Un momento; perdón.

A su mujer.

Carmen, no te vayas; tengo que hablarte.

CARMEN

Volveré en seguida; es un minuto.

PABLO

Como quieras.

Sale CARMEN por la lateral derecha primer término; los estudiantes, más á sus anchas, rodean al maestro.

ENRIQUE

¿Y dice usted, don Pablo, que la teoría de Erlich le convence á usted?

PABLO

No: ahora nada. Van ustedes á hacerme el favor de estudiar á su hora lo necesario, tampoco más; créanme ustedes. Pero van á prometerme, en cambio, olvidar que existe la ciencia, todo el resto del día. Es un consejo desinteresado y leal, como comprobarán ustedes con los años. Nada de ciencia ni de sabiduría, andando por el mundo; no. Pocos si-

glos fueron tributarios de la ciencia como el nuestro, hasta en las ocasiones menos graves. Hoy, la dama aristocrática que cita por teléfono á su amante, pone en juego, por este mero hecho, de la manera más gentil y más amable, una porción de teorías científicas abstrusas: ciencia pura, desde la electricidad, éter vibrando, hasta el anillo aislador de los auriculares. Y, sin embargo—se lo digo á ustedes con la mano puesta sobre el corazón—, pocas gentes tuvieron horror á la ciencia y tildaron de insoportables á sus aprendices como las de nuestro siglo. Por lo mismo, si están ustedes decididos á ir para sabios, háganlo con la más absoluta reserva; créanme. Que se enteren sus padres, si no puede evitarse; pero, por Dios, no se lo digan ustedes á sus novias... ¡Iban á oirlas! Mejor les perdonarían que tuvieran ustedes un apaño por esas golferías, que eso es de hombres. Pero la ciencia, los microbios, las cadenas laterales de Erlich, ¿no se avergüenzan ustedes de hablar de eso en la calle y entre gentes...? ¡A su edad...! No, no; ahí queda eso. Y ustedes, al mundo, á vivir, á ser jóvenes, como ahora dicen los que no lo son. Es Diciembre; pero aún aprovechan ustedes un poquitín de sol, aún andan mujeres bonitas por las calles y aún hay flores en Madrid: no cabe dudarlo, porque hasta aquí llegaron ¡horror! á la casa de un sabio... ¿Está entendido? Adiós, señores, hasta mañana... Padre, hágame usted el favor de acompañarles hasta la puerta.

GUEVARA

*Estrechando la mano del Catedrático.*

Adiós.

ESTREMERA

*Estrechando la mano del Catedrático.*

Hasta mañana.

ENRIQUE

*Estrechando la mano del Catedrático.*

Adiós.

*Vuelve á aparecer* CARMEN *en la lateral derecha.*

PABLO

Perdonen ustedes que no les acompañe; pero...

*Con un gesto vago, les recuerda que ha de hablar con* CARMEN.

CARMEN

A Enrique, al pasar.

Diga usted á Glorita que no olvide mis encargos, si la ve al salir, Enrique.

ENRIQUE

Con mucho gusto, Carmen, si la veo.

CARMEN

¡Seguro..! ¡La casa es tan pequeña..! Adiós.

ENRIQUE

A los pies de usted, señora.

Salen los tres muchachos por el fondo, acompañados por el viejo bedel, que parece renovarse entre ellos; le ríen los ojos y casi desencorva la figura. Quedan solos Carmen y Pablo.

PABLO

¿Vas á salir?

CARMEN

¿No esperamos gente?

PABLO

Quintana; es verdad.

Y malhumorado parece dispuesto á recluirse de nuevo en su laboratorio.

CARMEN

¿Qué me querías?

PABLO

¡Ah, no es nada...! Pero conviene que lo sepas, por si contabas con ello. Estos recibos.

Saca de su cartera unos papeles, que pone sobre la mesa y que CARMEN examina atentamente.

Le he dicho á tu padre que no los cobrara.

CARMEN

¿Por qué? ¿No están pendientes? ¿No me tienes dicho que eche mano de los recibos que están por cobrar, en un apuro? Me habría guardado bien de propasarme.

PABLO

Si no es eso.

CARMEN

¡Si es que, gracias á Dios, recuerdo tus mismísimas palabras!

PABLO

Pero deja que te exqlique.

CARMEN

"Para que yo no tenga que mortificarme porque no me diste otra razón —en estos pequeños apuros, vete á mi Diario, que siempre está sobre mi mesa, y que tu padre cobre las partidas sueltas: cuentas de suero, recibos de análisis y reacciones." ¿No fué así?

PABLO

Así fué.

CARMEN

¿Entonces?... Pues te advierto que me convenía cobrar estos recibos como el pan que como.

PABLO

Extiende otros hoy mismo.

CARMEN

Ya no quedan más. Desde que nos preparamos para el Congreso de Alemania, los trabajos útiles van escaseando. Sobre que la enfermedad de tu pobrecita hermana—y no te lo critico, Dios me libre—casi dobla los gastos del Laboratorio y de la casa. Conque tú dirás.

Ojeada á los dos recibos.

Son cien pesetas.

PABLO

Las tendrás mañana.

CARMEN

Bien; ¿pero es que no puedo saber el motivo? Siquiera para que me sirva en otro caso.

PABLO

Justamente: el precio. Lo has doblado sin decirme nada.

CARMEN

Perdóname; pero, probablemente, te habrías opuesto, y me parecía una locura. Hace dos años

que cobras á ese precio los análisis. Las de Arroyo me dijeron que es corriente, y aun que tú, con tu nombre y ser especialista, podrías cobrar más.

PABLO

Las de Arroyo, hija mía, tienen un padre ilustre, profesor eminente, cargado de honores oficiales y de sabiduría oficial, que sólo va á las casas de los enfermos cuando tienen ascensor: es el primer síntoma que le interesa para sus diagnósticos.

CARMEN

¿Dejarán tus trabajos de valer lo mismo que los suyos, porque vivan tus enfermos en distintas casas?

PABLO

Mis trabajos no; ¿quién lo discute? Pero no seamos tan materialistas. Tampoco el precio que tú escribes ahí representa el valor de esos trabajos. Es muy posible que, cobrando yo materialmente mucho menos que el padre ilustre de tus amiguitas, reciba, en cantidad moral, muchísimo más. Porque cinco pesetas de un cliente pobre representan la vida de su familia, un día ó su alegría un mes, mientras, en el otro caso, cincuenta pesetas valen para el rico la propina de un lacayo. ¿Ves tú, Carmen?

CARMEN

No digo que no. Lo que te aseguro, Pablo, es que por ahí cinco pesetas valen cinco pesetas, y cincuenta son diez veces cinco: no hay que darle vueltas. Ahora, si es preciso hacer las consideraciones que tú dices, tú resolverás. Pero á mi me atas las manos; te tendré que mortificar como al principio.

PABLO

Te marcaré de alguna manera en mi Diario los casos dudosos y fijaremos, de común acuerdo, precios especiales.

CARMEN

Como quieras

Nueva ojeada á los recibos.

¿Y qué hago de estos dos?

PABLO

Lo que tú quieras.

Se acerca á la mesa y, uno tras otro, toma los recibos, mientras habla.

Esta es hija de una pobre viuda, á la que soste-

nía trabajando; borda; quince años... si tuviera cincuenta pesetas mensuales, para poder dejar el bastidor, se salvaría... Y éste, un muchacho, Saldaña, tú le recordarás; fué discípulo mío, hace unos años. Huérfano. Se ayudaba como podía, con trabajos ímprobos, para ir estudiando. De la noche á la mañana, presenta lesiones cerebrales que le incapacitan para estudiar y trabajar. Por de pronto, el hambre; después, probablemente, el manicomio... ahora ya sabes; tú harás lo que quieras.

Carmen, sin afectación, pero íntimamente conmovida, rompe los dos papeles.

CARMEN

¡Qué le vamos á hacer...! ¡Me arreglaré...!

Pablo, en un arranque, hace ademán de abrazarla satisfecho.

PABLO

¡Ah, eres buena!

CARMEN

Apartándose de él.

¡Quita; deja...!

PABLO

¿Me guardas rencor?

CARMEN

Si es que hueles á ácido fénico que apestas... ¡dichoso laboratorio...! ¡Y para lo que da!

PABLO

Cierto; perdona.

Una pausa; sin añadir palabra, PABLO se dirige al laboratorio.

CARMEN

¿Te vas?

PABLO

Tengo algunos encargos, y como...

CARMEN

Pues yo también necesitaba hablarte, por si acaso.

PABLO

Cuando quieras.

CARMEN

Es de mi padre; ya sé que vas á defenderle.

PABLO

No es que le defienda, Carmen. Pero ciertas razones, que tú eres perfectamente capaz de comprender, no están á su alcance.

CARMEN

Nos pone en ridículo: á ti, también. Precisamente con sus humillaciones aparatosas, que exagera adrede por mortificarme, te alcanza más á ti que á mí. No creas que no faltes, dejándole de aplicar un correctivo; de un tiempo á esta parte pasa de maniático.

PABLO

Si es que uno y otro os habéis empeñado en no ceder un ápice del terreno en que estáis; y yo no tengo nada que ver con vuestra terquedad: allá vos-

otros. ¿Tienes algo nuevo que decirme respecto á tu padre?

CARMEN

Nuevo, nuevo, no: ya sabes que él varía poco. Pero relativamente nuevo, sí. Desde hace unos días —y te advierto que si te hablo de ello es en tu bien—, desde hace unos días, me siento amenazada, lo que se llama amenazada seriamente por mi padre. Me acabé de convencer hace un momento. Él lleva su plan. Él te hablará de mí, yo no puedo decirte cuándo; pero te hablará. Y del alcance de sus calumnias estoy yo tan segura que, sin vacilar, ahora mismo, podría adelantarte nombres.

PABLO

Con disgusto de oirla.

Basta, calla

CARMEN

Ya estás prevenido. Y conste que lo he dicho porque si te contagiara esta vez de sus manías, saliamos perdiendo todos: hasta tu hermana. Ya sabes que mi padre, puesto á criticar mis pasos, no mira nada: ni las necesidades de la casa, ni el que una tenga derecho á vivir un poco bien, decentemente,

siquiera por ti. Ahora, si necesitas más detalles, pide.

PABLO

¡Basta, y basta en redondo! ¡No oigo más! No es terquedad que uno y otro pongáis en no ceder. Es guerra abierta. Es algo más, antipático y odioso, que con el tiempo aumenta, que poco á poco va ganando terreno en esta casa, como un cáncer; que ya me toca á mí, á mí mismo, no lo dudes. Tengo que interrumpirme, hasta en mis lecciones, cuando os oigo... ¿pues qué es esto?... ¿Hay un resentimiento de algo inevitable entre vosotros dos? Para que la marcha normal de los sentimientos naturales entre un padre y una hija se quiebre y se altere de este modo, ocurre algo más que un matiz de diferencia en el carácter; es necesario un hecho, y aquí un hecho grave, que envenene, de una vez ó lentamente, lo más puro y limpio y seguro que hay en el mundo, señor: las leyes de la sangre. ¡Un hecho! ¡Sí, sí, un hecho!

CARMEN

Después de todo, no hay para que te pongas de este modo, Pablo. Tampoco te lo he dicho para tanto. Más en lo justo estabas antes, cuando me has dicho: "allá vosotros". Si hay resentimientos, grandes ó pequeños, entre mi padre y yo, ¿te alcanzarán á ti?

PABLO

¿Por qué no, Carmen, si entre vosotros dos no hay más hecho importante que yo, mi cariño por ti y los trastornos que trajo al principio?

CARMEN

Lo que es al principio...

PABLO

Concedido: ni tú ni yo hicimos caso de tu padre para querernos; pero es innegable que tú y yo nos casamos porque tu padre lo exigió; y éste sí fué un hecho; y decisivo. Ya ves, de pronto, tantos deberes y tantas obligaciones para un carácter como el tuyo, díscolo y audaz... ¿qué dices, Carmen?

CARMEN

¡Quién piensa en eso!...

PABLO

¿Pero, no lo niegas?

CARMEN

No vale la pena.

PABLO

La valió en un tiempo todo lo que, de cerca ó de lejos, se refería á mi cariño.

CARMEN

Cada cosa á su tiempo, Señor. ¿Ó es que vamos á hablar de nuestro cariño toda la vida? Pues tú mismo, ¿no tienes tus cristales y tus reactivos? Si á mí me preocupan mi casa y mis trapitos, es muy justo; todo cambia.

PABLO

Demasiado cambia.

Discretamente dan con los nudillos en la puerta del fondo, que cerró el viejo, al salir con los discípulos.

GLORIA

¿Se puede?

CARMEN

Tu hermana.

PABLO

Entra, niña

Entra GLORIA, trayendo unos cuantos tronquillos de leña, en una cesta, de mimbre.

Bien pensado; así, aviva el fuego; porque hace frío, hace frío en esta casa...

GLORIA

Me dijo Carmen que procuráramos tener la sala á buen temple, para cuando viniera ese señor Quintana, que puede hacer tanto por ti; que va á protegeros, ¿verdad, Carmen? Y como van á dar las cinco...

CARMEN

Me ha parecido justo, ya que al fin y al cabo se molesta por nosotros, que no le obligáramos á dar diente con diente en la visita... ¿ó no lo apruebas?

PABLO

¿He dicho algo?

CARMEN

Basta con mirar, á veces.

El viejo Isidro aparece en la puerta del fondo.

ISIDRO

¡Complicación!

PABLO

¿Qué pasa?

ISIDRO

Es á Carmen.

CARMEN

Será malo, cuando usté viene á decirlo.

ISIDRO

Regular. La chica se hace un lío; no sabe si cocer el té con agua ó si cocer el agua sola, ó si cocer la leche y añadirle el agua para que cunda luego, como siempre. Tazas no lleva rotas más que dos... El momento de fregotearlas un poco, porque echaran brillo, y las hizo añicos. Es mucha moza para esas finuras.

GLORIA

¿Quieres que vaya, Carmen?

CARMEN

Voy yo misma... ¿Te extraña también? ¿No es natural que le ofrezcas una taza de té?

PABLO

¡Si yo no lo tomo nunca!

CARMEN

¡Pero él sí!

PABLO

Muy bien, me entero; será que subimos... Pues

mira, nunca esperé que dieran mis estufas para tanto.

ISIDRO

No, y con poco que ayuden desde fuera—los Gobiernos quiero decir—, ¡automóvil tendrás, si á mano viene, con el tiempo!

A Carmen, que le lanza una mirada furibunda.

¿A que tú ya le has echado el ojo, verdad, Carmen?

CARMEN

Más vale callarme.

PABLO

A Isidro, para cortar la discusión.

Y á usted también; le vale más.

Carmen, llevándose la cesta de mimbre, se va por el fondo.

Pablo dice á Gloria, que sigue arreglando la chimenea:

Basta, chiquitina, basta. ¿A qué te cansas? Ven aquí. ¿Vas á fatigarte, soplando, para nada?

GLORIA

¡Si no acaba de hacer tiro! Y como el señor Quintana...

PABLO

Para mí está bien, déjalo. ¿Cómo te encuentras?

GLORIA

Peor, no.

PABLO

¿Mejor tampoco?

GLORIA

No, mejor tampoco; pero me da pena por lo que mortifico. A la pobre Carmen ¡le doy unos trajines!

PABLO

¿Te cuida, verdad?

GLORIA

Y de su natural, no creas. Se la ve que no es por cumplir lo que hace conmigo. Como si nunca hu-

biera hecho otra cosa que cuidarme, y mejor que me han cuidado nunca.

PABLO

Ahora vas á recogerte; la casa está revuelta y tú tienes fatiga.

La abraza y la besa en la frente.

GLORIA

Allá voy; adiós.

PABLO

Adiós; cuando estés acostadita, llama para que te abran el balcón.

GLORIA

¿Crees tú de verdad que hoy no será malo con el frío que hace?

PABLO

Así lo creo; no te apures; irá Carmen.

GLORIA

No, la pobre. ¿Vas á molestarla? ¡Con la ilusión que le hacen estas cosas y las flores y el tener la sala á punto y todo lo del té, que lo compró ella misma! Entonces ya no llamo; esperaré.

Se va por la lateral derecha segundo término.

Adiós, Isidro; adiós, hermano.

PABLO

La quiere mucho.

ISIDRO

Sí, señor: también la quiere mucho; el caso es que parece que la queréis todos más que yo.

PABLO

Padre...

ISIDRO

Hijo mío, escucha un poco...

PABLO

No, no, Isidro; no siga usted por el camino de estos días; Carmen tiene razón. Se empeña usted en manifestarme á todo propósito un agradecimiento que está casi siempre fuera de lugar. Ser agradecido es noble; pero sin humillación servil. Bien está el cariño; pero no exagerándolo de modo que raye en fanatismo.

ISIDRO

Sin tu hombría de bien, ¿qué sería de este pobre viejo?

PABLO

Por querer á su hija de usted con toda mi alma, no fuí más malo ni más bueno.

ISIDRO

Es que habrías podido quererla y despreciarla; yo me entiendo. Y despreciarnos á los dos, con la poca guarda que hacíamos de casa. No te agradezco yo que la quisieras; pero que hicieras de ella tu mujer—y á ruegos míos—sí. ¿Tampoco es bueno?

PABLO

No, no, Isidro; es malo. Parece que prescinda usted de que nos casamos, ante todo, porque nos queríamos.

ISIDRO

Bien, pero además...

PABLO

No, no; por nada más. Si yo creyera que mi casa tenía esa falsedad en su base, ahora podría tener remordimientos.

ISIDRO

¡Valiente manera de acusar á tu mujer! ¡Ya estás buscando á quién echarle la culpa!

PABLO

¿Yo? No, tampococo... Aunque al cabo, vaya usted á saber si la culpa sería mía y de usted y de todos más que de ella.

ISIDRO

¡Mía, sólo mía! No te apures; ¡sí, aquí estoy yo

para recibir los golpes! ¡Me está bien empleado, por apartarme de lo mío para quererte á ti más de la cuenta; con fanatismo, Pablo, tal vez con fanatismo! Pero por lo que me aproveche no será.

PABLO

Pues á ella es necesario que le demuestre usted más cariño en adelante. Piense usted que acosándola y reprendiéndola á todas horas la exaspera. Yo no niego que sea usted un buen padre; pero...

ISIDRO

Cuanto á eso, ¿ves tú? ni tanto así que me digas lo tolero. Para sostenerla, hasta en tu caso y cuando pude, me basté. Si hoy mortifico y reprendo, como dices tú, cuenta me tiene. El cariño que es para consentirla y no es para castigarla, no es cariño. Primero me acomodará salirme de esta casa—y á pedir limosna donde sea—que estando en ella y viendo llaga, no ponerle el dedo encima.

PABLO

Yo creo que estando en mi casa, lo primero que le acomodará á usted, Isidro, es mi acomodo. Querer como usted quiera y hacer como yo diga, que voy á tomarme el trabajo de pensar por usted; guar-

dar silencio á Carmen en lo que son cuestiones de ella y mías; vestir como mi padre que es y no mi criado; dejar á Dios el castigo y usar usted el perdón: el acomodo mío y de mi casa es éste... ¿me ha entendido usted?

ISIDRO

¡Prefiero dejarla!

PABLO

Como usted decida; pero no sin que antes le diga que no tiene usted razón.

ISIDRO

¡Ni sin que tú me oigas antes; para que veas que la tengo!

Dice esto al marcharse y con un gesto de amenaza: se va precipitado por el fondo.

PABLO

Un poco desconcertado y tratando de retener al viejo.

¡Isidro, Isidro; padre!

Casi tropieza con CARMEN, qne vuelve otra vez á la sala.

CARMEN

¿Qué gritos son ésos?

PABLO

¿Dónde está tu padre?

CARMEN

Tropezó conmigo en el corredor; iba hablando solo; cada día está más loco; ¿habéis reñido?

PABLO

Por una vez; y creo que estuve con él demasiado duro.

Vuelve á la puerta del fondo.

¡Isidro, padre!

CARMEN

Que se habia sentado junto á la chimenea y que está, con los hierros, atizando el fuego.

¿Pero quieres callar y no ponerte así por él?

Va á llegar Quintana y sería edificante que le recibiéramos á gritos.

PABLO

No te alarmes; se le recibirá como merece.

CARMEN

¡No, si á mí me da lo mismo, tonto! Yo ni entro ni salgo. Es á ti á quien mandan á Alemania, para hacerle honor á tu buen entendimiento y á tu buen juicio.

Aparece en la puerta ISIDRO, que grita descompuesto.

ISIDRO

¡Aquí me tienes, Pablo! Y á ese hombre allá; que espera.

CARMEN

Con indignación.

"¡Ese hombre!" ¿está loco? ¿quién quiere usted decir? ¿se puede saber?

ISIDRO

Con sarcasmo agresivo.

Ahora entra el hacerte tú la niña y el explicarle á tu marido lo que quieras... ¡yo no, yo cómo!... ¡pero, para tranquilidad tuya te advierto que está ciego!

PABLO

¡Isidro!

CARMEN

¡Padre!

ISIDRO

El dedo en la llaga: ese hombre espera y tú verás lo que has de hacer. A mí me han dicho que me esconda y lo prefiero.

Va á salir por la puertecita de escape del fondo.

PABLO

Deteniéndole con la voz.

¡Padre!

Entre tanto Carmen, asustada, trata de buscar refugio en su marido.

CARMEN

¡Pablo!...

PABLO

A Isidro y teniendo medio abrazada á su mujer.

¡Hasta que yo no levante mano de ella, es mi mujer! ¿Lo olvida usted? Pues como yo no puedo arrancarle á usted la lengua, ni usted darme explicación que sea limpia, después de manchársela de este modo, ¡ahora sí que le toca á usted salir de casa! Y si ella no perdona, hoy mismo.

ISIDRO

¡Estaba descontado!

CARMEN

¡Pero ahora dejadlo; ahora, Quintana!...

PABLO

Ahora tú vas á hacerme el favor de irte adentro con mi hermana, que necesita de ti.

CARMEN

¿Le das la razón?

ISIDRO

Desde el fondo y al marcharse por la puertecita.

¡Tú me la das!

Sale.

PABLO

¿Me obedecéis?... ¡Por una vez, yo mando aquí!

CARMEN

Marchándose por la lateral derecha de segundo término y con despecho.

¡Está bien, Pablo!

Aparece Engracia por la puerta del fondo y dice trivialmente, anunciando:

ENGRACIA

Don Julio Quintana.

PABLO

En voz sorda, de ira.

¡¡¡Julio Quintana!!!

Se abalanza al ramo de flores que Carmen colocó en el centro de la mesa, lo destroza entre sus manos, lo echa al fuego. Luego, dominándose, procurando dar á su voz un tono de tranquilidad añade, vuelto á Engracia.

Al señor Director general, que pase.

TELÓN

# ACTO SEGUNDO

El llamado laboratorio de Pablo: un cuarto grandote, de paredes blancas y lisas. Habrá un tablero grande con algunos instrumentos, no muchos, pero los necesarios para dar la sensación de una labor tenaz y seria. Algunos taburetes, algunas sillas.

Al fondo, la puerta de cristales, con visillos blancos, que conocemos desde el acto anterior. A la izquierda, una puertecita pequeña comunicando con un recuarto donde se supone instalada la estufa; más á primer término, otra puerta que comunica con el interior de la casa. A la derecha, una ventana bastante grande, de vidrios cuadrados.

Al levantarse el telón estarán los tres estudiantes de charla, esperando al profesor.

ESTREMERA

No vendrá.

GUEVARA

Por lo menos, á su hora.

ENRIQUE

Rarísimo en él.

GUEVARA

Ya no tanto; la semana pasada, ¿recordáis? nos dió un plantón parecido.

ESTREMERA

De hora y media.

ENRIQUE

Pero aquella tarde estaba en casa.

ESTREMERA

Se oían desde aquí los gritos.

GUEVARA

No es el mismo don Pablo. Ni en las explicaciones, ¿os fijáis? Suenan á hueco.

ENRIQUE

Como si estuviera á dos leguas del laboratorio cuando explica.

ESTREMERA

Sí; da la impresión de un hombre que habla de lejos.

ENRIQUE

¡Lástima de cerebro!

GUEVARA

¿Y es siempre lo mismo?

ENRIQUE

A juzgar por los resultados...

ESTREMERA

¿Los líos de su mujer?

GUEVARA

Yo fuí el primero que puso el dedo en la llaga

cuando empezó á susurrarse que no iba á Alemania.

ENRIQUE

Y cuidado que en la entrevista con Quintana, si todo ocurrió como él lo explica...

GUEVARA

Que así debió ocurrir: don Pablo no miente.

ENRIQUE

...pues no había motivos que justificaran esta guerra que le viene haciendo. Declinó don Pablo el honor de ir al Congreso; apoyó la renuncia en sus trabajos y en sus necesidades, que no le permitían abandonarlos; no ofreció su casa; pero transcurrieron unos días, pasó por el Ministerio, y le dejó tarjeta al director: ni más, ni menos...

GUEVARA

Pero como él había solicitado lo del Congreso...

ENRIQUE

Quien lo solicitó fué Carmen, su mujer.

ESTREMERA

Pues por eso se tragó el otro la partida. La ocasión de obligarla con un favor se le escapaba.

GUEVARA

Y ahora dicen que le van á quitar la auxiliaría.

ENRIQUE

Es verdad: son las últimas noticias; por cierto que me extraña. No sé nada. Pero me parece que eso no puede hacerse dentro de la ley.

ESTREMERA

Entonces lo harán.

GUEVARA

No siendo legal... ¿quieres decir?

ESTREMERA

Naturalmente... Los olvidos involuntarios de la ley tienen remedio: basta con una súplica, con una

recomendación á tiempo, y nada ocurre. Pero lo violento, lo ilegal, lo ilícito, eso lleva siempre á su espalda la voluntad de un hombre decidido á sostenerlo contra todos y á meterlo, á martillazos, como pueda, en la letra viciosa de la ley: contra eso no hay nada.

GUEVARA

Tendrá que parlamentar.

ENRIQUE

Pues don Pablo no es de los que ceden.

ESTREMERA

No sé; yo, á pesar de todo, me defendería. Con un poco de espíritu de intriga, si remueve influencias y hace valer sus méritos y va á la guerra franca con Quintana, tiene arraigo en el claustro para derrotarle. Y si le derrota y se sale con la propiedad de la cátedra (que todo es posible), como esto le da su poquito de aureola y más influencia y más dinero, reconquista de paso á su mujer. A ella le importa un pepino de los hombres: lo que quiere es subir, *¡subir!*, como ella dice. ¿No se lo habéis oído alguna vez? Pues tiene gracia hablando.

ENRIQUE

A mí no me hace ninguna.

ESTREMERA

Tú le tienes tirria porque Glorita la quiere más que á ti.

ENRIQUE

No; de eso no hablemos.

GUEVARA

Pues á mí me parece que lo que va á hacer el maestro es lo que dices tú; por de pronto, ya tiene solicitada la propiedad de la cátedra.

ENRIQUE

¡Si eso es ya viejo! De entonces data la amistad de Carmen con Quintana: se lo presentaron en casa del doctor Arroyo.

GUEVARA

Pues la cosa viene de lejos...

ESTREMERA

¡Toma!

ENRIQUE

Pero don Pablo ni una sospecha tuvo nunca: estoy seguro. De haberla tenido, por vaga que fuese, cuando la barbaridad de Isidro, no le habría echado de casa como le echó aquella tarde.

GUEVARA

¡Pobre viejo bedel!

ESTREMERA

Da pena encontrarle por la calle. Está más loco que nunca. Acabará mal.

GUEVARA

Bueno, algunas mañanas yo he visto al viejo y á don Pablo pasear por la Moncloa: no le abandonó del todo; y no parece que se llevan mal.

ENRIQUE

Pero el desdichado dió un bajón. Para él esto era

la vida. Suele estar en la esquina, ahí mismo, en un portal, como si no pudiera quitarse de mirar, por lo menos, la ventana del laboratorio.

Hay una breve pausa; ESTREMERA consulta el reloj.

ESTREMERA

Llevamos ya dos horas.

ENRIQUE

Pues yo me felicito de que el viejo, desde que se han puesto así las cosas, no esté en casa. Por lo menos no habrá escándalo.

ESTREMERA

¡Quién sabe!

GUEVARA

¿Y á ti te parece que ahora tampoco... vamos... que don Pablo no tiene dudas todavía?

ENRIQUE

Dudas, no sé; convencimiento, no. Cuando me

encuentra á solas, ayer, sin ir más lejos, se conoce que por no interrumpir su monólogo de todo el día me habla de ella. Y él mismo se hace el pro y la contra. Que tiene ambición y vanidad; que es voluntariosa, fría; pero ¡tan buena! ¡que le cuida á su hermana con tanto cariño! Y es verdad... Se le arrasaron los ojos.

GUEVARA

¡A mí me da ira!

ESTREMERA

Yo, en tu caso, le llevaba esta tarde del brazo hasta la esquina, cuando ella salga; nada más.

GUEVARA

Lo merecía, porque es estar ciego. Es vergonzoso.

ESTREMERA

¡Sulfura, hombre, sulfura!

ENRIQUE

Nos olvidamos de un detalle: la quiere con toda su alma.

ESTREMERA

Viene.

Se entreabre la puerta del fondo y aparece don Pablo — otro hombre, desde el acto anterior—; la vida, en estos pocos meses, ha dado cuenta de él.

GUEVARA

Buenas tardes, don Pablo.

PABLO

¡Ah, perdón!... ¿Me esperan ustedes todavía?.. ¿No es muy tarde?...

ENRIQUE

No sabemos... Nos entretuvimos charlando, discutiendo, y no nos dimos cuenta de que pasara el tiempo. Digo, yo á lo menos.

QUEVARA

No, no; todos.

ESTREMERA

Todos.

PABLO

*Después de consultar el reloj: con cierta triste ironía.*

Las seis: hace dos horas que debía haber empezado la lección.

GUEVARA

Si no tiene usted prisa...

ENRIQUE

Nosotros estamos dispuestos á darla todavía.

PABLO

No; mañana. Por hoy basta con la que ustedes me han dado y que yo les agradezco.

ENRIQUE

¿Nosotros, don Pablo?

GUEVARA

Don Pablo, ¿nosotros?

PABLO

No; si no lo digo con resentimiento; si no les echo nada en cara; ¡si no pueden ustedes imaginarse á lo que me refiero! Pero me han dado una lección.

ESTREMERA

¿Por qué, maestro?

PABLO

Porque esta miserable vida humana tiene momentos en que el dolor es la prueba más desatinada de orgullo que pueden dar los hombres. Ya lo saben todos ustedes: un enfermo, un desdichado, son casos parciales, insignificantes, de enfermedad ó de dolor. Y, sin embargo, cuando sufrimos, á los que sufrimos, si observamos nuestro dolor con el microscopio del orgullo, se nos antoja tan grande y de tal naturaleza, que no sólo él forma ley, sino que esta ley de nuestro dolor queremos imponerla á los demás. Es lo que ocurre con la lágrima, señores: una gotita de agua acre y salada que nos empaña la retina; pero nosotros decimos que nos tapa el sol. Y ¡claro!... al que sufre, si se le olvida que pasan las horas, le parece imposible que el tiempo siga corriendo para los demás. Yo no hubiera podido jurar que la vida continuaba su marcha cuando abrí esa puerta y me reciben ustedes con las pa-

labras de todos los días; y en mi laboratorio—el de siempre—ocupan ustedes los sitios de costumbre; y han acudido á la misma hora y podemos comprobar que transcurrieron dos desde que yo falto. ¡Qué lección, señores!... Hay clase, hay horas de clase, discípulos que acuden á escucharme; el mundo está igual; no sólo continúa la vida, sino que es la misma de todos los días. Fué más que una lección, casi un consuelo; no lo olvidaré.

GUEVARA

Si tiene usted preocupaciones y angustias, ¿le parece que interrumpamos el curso unos días?

ENRIQUE

Después los ganaremos.

PABLO

¡Ah, se contagiaron ustedes! ¿Ya creen también que la vida debe interrumpirse y alterarse? ¡No faltaba más!

Dominándose con visible esfuerzo.

Mañana aquí, puntuales. Van á imaginarse ustedes que todavía está en casa el pobre Isidro para dar con los nudillos en mi puerta á la hora de siempre:

"Pablo, clase". Y luego, en el momento justo, ni minuto más, ni minuto menos: "Pablo, señores, la hora". ¿Recuerdan ustedes? ¡Pobre viejo! Hasta mañana.

Situación: salen los discípulos. ENRIQUE, tímidamente, sigue á don PABLO. Cuando le ve decidido á abandonar el laboratorio por la lateral izquierda, le detiene.

ENRIQUE

Don Pablo.

PABLO

¿Te quedas, Enrique?

ENRIQUE

¿Querrá usted que hablemos hoy?

PABLO

¿De mi hermana?... ¿Y para qué, muchacho?

ENRIQUE

Para saber su opinión.

PABLO

¿Dudais de mi afecto?

ENRIQUE

No quisiera hablar al hermano, sino al médico.

PABLO

Bien; espérame aquí; vuelvo en seguida. El tiempo de soltar estos estorbos y de arreglarme un poco, porque voy á trabajar.

ENRIQUE

¿Puedo ayudarle?

PABLO

Ten la bondad de hacerme unas preparaciones para observar, en lámina sencilla.

ENRIQUE

¿De los últimos cultiv os?

PABLO

Sí, hasta luego.

Sale por la lateral derecha. ENRIQUE llega á la mesa y empieza á buscar cristales y portaobjetos para hacer sus preparaciones. Vierte éter sulfúrico en una cubeta de porcelana: lava los cristales; los quema en una lamparilla de alcohol y los deja luego sumergidos en el baño de éter.

Entra por la lateral izquierda GLORIA.

GLORIA

¿No está Carmen?

ENRIQUE

¡Buscarla aquí! No pisa el laboratorio; pero se ve que tú no puedes estar sin ella, ni á mi lado.

GLORIA

¡Alto el carro! Puede que te escurras á ser desagradecido, si vas por ese camino, y luego tendrías que pedir perdón.

ENRIQUE

Si es á ti, no tengo inconveniente; perdóname, Glorita.

GLORIA

No es a mí. Para que podamos aprovechar el tiempo, me ha prometido Carmen que pasará por aquí cuando se vaya. Porque esta tarde tiene que salir.

ENRIQUE

Como todas; lo supongo.

GLORIA

Bien; pues no se hable más de ella; tú te pones tonto y á mí me da rabia.

ENRIQUE

¡Glorita!

GLORIA

¿Se puede saber qué estás haciendo?

ENRIQUE

Unas preparaciones; me las encargó tu hermano.

GLORIA

Basta, basta: á obedecerle sin chistar.

ENRIQUE

Es un minuto.

**Gloria se acerca á la ventana y mira el cielo.**

GLORIA

¿Sabes que este Marzo van á ponerse los días como para darle á una ganas de vivir? ¡Dios mío, qué bonito estaba el cielo esta mañana!

ENRIQUE

¿Saliste, Gloria?

GLORIA

No faltaba más... Y me pesé, como corresponde á toda una convaleciente que sabe administrarse bien.

**Deja una pausa intencionada.**

¿No me preguntas?

ENRIQUE

Habrán pasado quince días desde la última vez; y en quince días...

GLORIA

Triunfalmente.

¡Medio kilo!

ENRIQUE

¿Menos?

GLORIA

¡Más!

ENRIQUE

¿De veras, Gloria?

GLORIA

Palabra de honor; medio, cumplido.

ENRIQUE

¡Qué alegría!

GLORIA

Pero, hombre, disimula un poco.

ENRIQUE

¿Mi alegría? ¿Por qué, Gloria?

GLORIA

Porque me hace mal efecto. No, de veras. Por mucho interés que á tu modo me demuestres alegrándote por eso, qué sé yo, no puedo remediarlo: cada vez que llega el caso, me hace mal efecto. No parece que me tengas cariño, sino que me estás ajustando á peso. Palabra de honor. Cincuenta kilos.—No me sirve.—Le advierto á usted que no hay mejor. -Ponga usted por el precio, cinco kilos más. —Va á ser muy difícil, caballero.—Esperaré.—Mire usted que pierde una ocasión.—Esperaré... ¡Demonio! ¡y de la espera no salimos! ¡Pues no me peso más; se acabó, Enrique! ¡Conténtese usted de una vez con lo que marca, y va ganando! ¿Se pesa el alma? ¿no, verdad? Pues ahí tienes tú: llegaré ó no llegaré á la tasa en lo demás ¡pero en el alma he echado el resto!—¿Hace? -Sí, que hace; pactado.— ¡No vuelvo á pesarme!

ENRIQUE

Dejando la mesa y acercándose á ella.

Glorita. .

GLORIA

Espera: ¿acabaste?

ENRIQUE

Eso pregunto yo: ¿acabaste? Porque como tú te lo dices todo...

GLORIA

No, no; vamos por partes. Esas preparaciones que te ha encargado Pablo, ¿están ya listas?

ENRIQUE

Dentro de unos momentos, en la estufa, las acabaré. Pero ahora hay que esperar un rato.

GLORIA

Entonces tienes la palabra.

ENRIQUE

Mira que voy á confundirte.

GLORIA

Confúndeme.

ENRIQUE

Esta tarde hablo á tu hermano.

GLORIA

¿Sí?

ENRIQUE

No hace mucho le pedí permiso.

GLORIA

Pues esta noche cenamos en familia.

ENRIQUE

¿Crees tú?...

GLORIA

Como si lo viera.

ENRIQUE

¿Te ha hablado á ti tu hermano de nuestras cosas? ¿Qué te aconseja? ¿qué te dice? Pero con lealtad, sin engañarme.

GLORIA

¿Con lealtad y sin engañarte? Pues me recomienda paciencia y paciencia.

ENRIQUE

¿Nada más?

GLORIA

Nada más; pero me va curando. ¡Le tengo ya una fe! Me parece que vamos á legua por hora. Ya ves tú, ese medio kilo... Bueno, y aun prescindiendo de eso, porque á mí me da la gana de no darle importancia... ¿no me ves? ¿no tengo otra cara? ¿no soy otra? Sí, ¿verdad?

ENRIQUE

Sin ningún convencimiento; para tranquilizarla.

Sí, sí, Gloria; estás mejor.

GLORIA

Una barbaridad; sobre todo, desde que cambió el tiempo y apuntó la primavera. Tú no sabes los ánimos que da, por las mañanas, después de una nochecita regular, abrir el balcón y ver el cielo azul. Además, en esta época del año parece que una tenga que renovarse, aunque no quiera. Hasta los nombres de los meses son simpáticos: Marzo; es como si habláramos de un muchacho sano, fuerte... ¿Y Abril, que parece el ruido de una campanita?

ENRIQUE

¡Qué locura!

GLORIA

¡Ah, se me olvidaba! Ya tenemos casa.

ENRIQUE

¿Para los dos? ¿para nosotros solos, solos? ¿Dónde está?

GLORIA

No me seas malo; para nosotros solos, si tú quie-

res; pero verás como no. De todos modos, no es que la tenga precisamente; pero ya sé dónde estará.

ENRIQUE

¿Dónde?

GLORIA

En Asturias.

ENRIQUE

¿Nada menos?

GLORIA

En Asturias. Cuando te doctores vamos á pedirle á Carmen que intrigue, ella que sabe, para que te hagan médico de pueblo; pero ha de ser allí precisamente.

ENRIQUE

¿Por qué allí?

GLORIA

Por los manzanos. Lo he pensado mucho, y estoy

decidida. ¿No te parece que una casita rodeada de manzanos ha de ser sana por fuerza? La estoy viendo.

ENRIQUE

El alero del tejado un poco bajo, ¿no?

GLORIA

¡Bajito, bajito, como si toda la casa se hiciera un puño para recoger bien nuestra felicidad y que no vaya á escapársenos un día!... ¿Te parece?

ENRIQUE

Tú dispones.

GLORIA

No, no, tú; por fuera de la casa, tú.

ENRIQUE

De tejas arriba.

GLORIA

Exacto. Las persianas, verdes.

ENRIQUE

Verdes.

GLORIA

Y en algunos sitios, donde haya más sol precisamente, no quiero persianas: alguna enredadera en flor, y basta.

ENRIQUE

Cuando estemos más encariñados con la casa, tendremos que dejarla.

GLORIA

Me opongo. Yo les tomo un cariño á los rinconcitos de tierra con flores, que da horror. No me arrancas de allí ni á tres tirones.

ENRIQUE

Pero como yo trabajaré á conciencia, tendré mucha suerte en mi carrera; no voy á quedarme para siempre en médico de aldea. Nos trasladaremos á la capital.

GLORIA

Me llevas á la capital, y yo me muero de tristeza. Porque tiene razón Carmen: todo esto es tan obscuro... No, señor; como al fin y al cabo, por enfermos que cures en un pueblo, no vas á hacerte rico, mejor será, una vez allí, que no cambiemos de postura.

ENRIQUE

¡Pues sí que me estás pintando un porvenir!

GLORIA

¿Le haces remilgos?

ENRIQUE

Si no hemos de pasar de pobres...

GLORIA

¿Y el bien que hagas? ¿y las bendiciones que recibirás por él?... Tú no sabes, Enrique, lo que se le agradecen á un médico las gotitas de vida que lleva al corazón. ¿Ves lo que me pasa á mí con Pablo?... No basta decir cariño; digo devoción, como á Dios, y me quedo corta todavía. Y no es por mí; no creas...

pero si algún día (aunque se nos pida paciencia hasta que llegue), si algún día yo puedo darte, con salud, un poco de paz, ¿á quién lo deberemos?

ENRIQUE

Es verdad.

GLORIA

Pues no pidas más, Enrique: en nuestro pueblo habrá enfermas como yo; las hay en todas partes. Y digo enfermas, para decirlo de alguna manera. Yo creo que es que el alma tiene demasiadas ganas de vivir, que se adelanta, y que el cuerpo no puede seguirla... Tú haz con esas pobres mujercitas del pueblo lo que Pablo está haciendo conmigo: pon á su alcance la felicidad, y ¿para qué quieres más bendiciones ni más cariño en esta vida?

Transición.

Bueno; pero antes yo he de verlas; y si son muy bonitas, muy bonitas, se las mandamos al médico vecino.

ENRIQUE

Sonriendo, cogiendo entre sus manos la mano de GLORIA y besándola.

¡Gloria!

En el mismo instante, GLORIA como si vacilara, se lleva la otra mano á la frente y parece que vaya á desmayarse; es un amago nada más.

¿Qué tienes?... ¡Gloria!

GLORIA

Repuesta ya; enjugándose con el pañuelo la frente y los pulsos sudorosos.

Nada; un poco de vahido. Me habré fatigado, hablando...

ENRIQUE

¿Ves? ¿por qué te exaltas de este modo?

GLORIA

¡Si no es nada!... Pero tiene razón Pablo: ¡necesito paciencia, paciencia todavía!

Bruscamente, para cortar la situación, se acerca al tablero diciendo:

Ya pasó. ¿Te puedo ayudar?

CARMEN

Se oye su voz, antes de entrar, gritando:

¡Gloria! ¡Enrique!

ENRIQUE

¿Es Carmen?

GLORIA

Creo que sí.

Corre hacia la puerta del fondo para salir al encuentro de CARMEN, asustada.

¿Qué pasa?

CARMEN

Viene por el fondo, trajeada con cierta elegancia y puesto el sombrero, como para salir de casa.

Nada, hijita; sabía que estábais aquí y en lugar de toser se me ha ocurrido llamar desde lejos: ¡Gloria! ¡Enrique! para que supiérais que llegaba gente; por si acaso.

ENRIQUE

¡Carmen!

CARMEN

No diga usted más: ya sé que ni yo en persona ni mis bromas le hacemos maldita la gracia. Pero hoy es breve la tortura, señor ayudante. Vengo á despedirme nada más.

GLORIA

¿Sales tan pronto?

CARMEN

Antes quiero ver á Pablo. ¿Sabe usted si le han concedido la cátedra en propiedad?

ENRIQUE

No dijo nada.

CARMEN

Allá veremos.

Enrique se dirige hacia la estufa con la cubeta en que lleva los cristales.

GLORIA

¿Te vas, Enrique?

ENRIQUE

Entro y salgo; de aquí á la estufa. Esto está á punto.

GLORIA

Sí, es verdad.

CARMEN

A Enrique, con ironía amable.

¿Ni la mano, por si no nos vemos?

ENRIQUE

Volviendo sobre sus pasos y tendiendo la mano.

¿Por qué no? Adiós, Carmen.

CARMEN

¡Las bendiciones que se le ocurrirán á usted cada vez que me pierde de vista.

ENRIQUE

No; ya he acabado por desear que no se mueva

usted de casa. Como sé el disgusto que le entra á Glorita cuando sale usted, y como sale usted todos los días...

GLORIA

¡Pero hoy era una urgencia imprescindible! ¡para asuntos de Pablo! Y además volverá pronto, esta noche ¿verdad, Carmen?

CARMEN

Te lo juro. ¿Ve usted, Enrique? Yo sé que estoy cargada de defectos, que soy mala. Pero cuando me lo dan á entender todos ustedes, me endurezco más; como á la vieja del cuento, se me ocurre pisotear el espejo; no arañar mi cara. Logran más de mí los espejos que me llaman bonita.

Acariciando á Gloria.

Esta es uno, donde me veo más buena de lo que soy en realidad ¡y me entran unas ganas de darle la razón!

GLORIA

Abrazándola.

¡Y me la das, mujer!

Enrique, sin marcarlo mucho, pero dando á entender contrariedad, sale hacia la estufa.

CARMEN

*Al quedar á solas con Gloria.*

Glorita, dime: si por algo que pasara alguna vez no volvieras á verme nunca más, ¿te acordarías de mí?

GLORIA

No puedo decirte nada; no sé si viviría.

CARMEN

Dios te bendiga.

GLORIA

¿Es de verdad que le has de hablar á Pablo?

CARMEN

*Poniéndose un poco grave.*

Sí, Glorita.

GLORIA

¿Para reñir más... ó para hacer las paces?

CARMEN

No lo sé; depende de él.

GLORIA

¡Qué pena!

CARMEN

Sí, hija mía. Por eso se me ocurre alguna vez que probablemente sería lo mejor acabar en una de éstas.

GLORIA

¡Carmen! ¡Mi hermano te quiere!

CARMEN

Sí, tal vez.

Queda una pequeña pausa que corta Gloria, diciendo:

GLORIA

¿Por qué no haces una cosa, Carmen? Quédate; no salgas esta tarde.

CARMEN

¡No puede ser; qué cosas tienes!

GLORIA

No sé por qué, me da miedo que salgas esta tarde.

CARMEN

¿Sí?... ¿pero por qué? No hay causa ninguna.

GLORIA

Además, Enrique ha decidido hablarle á Pablo de nuestros asuntos, y tú me acompañarás entre tanto. Y la espera no me parecerá tan larga; te quedas, ya está dicho, ¿mé llevo el sombrero?

CARMEN

¡No, Gloria, por Dios! De todos modos, yo tengo que salir, yo tengo que salir.

GLORIA

Como quieras.

Vuelve á entrar ENRIQUE.

CARMEN

Disimulando, hinca el codo en la mesa para mostrar á GLORIA su guante.

¡Mírame qué guantes!

GLORIA

Son preciosos. ¿Te los han regalado?

CARMEN

Fifí Arroyo; igualitos, igualitos que los suyos. ¿Estorbo, Enrique?

ENRIQUE

No, no, Carmen; el codo nada más estorba un poco.

CARMEN

Retirando el codo de la mesa.

El codo.

ENRIQUE

Tomando el saquito de CARMEN que está sobre la mesa y dándoselo á ella.

Y el bolso; si pudiéramos quitarlo de la mesa...

CARMEN

Recogiéndolo.

Y el bolso.

ENRIQUE

Apartaremos la silla un poquitín.

Va á hacerlo.

CARMEN

Poniéndose en pie.

Y la silla. En resumidas cuentas, que no estorbo si me voy con todo lo mío á dos kilómetros justos del tablero.

ENRIQUE

También son ganas de llevar á mal lo que yo diga.

CARMEN

Eso será.

ENRIQUE

¿Podría lavarme las manos?

CARMEN

En mi gabinete. O si prefiere usted, en la cocina.

ENRIQUE

Pero...

CARMEN

Glorita, que aún no conoce la casa el pobre Enrique; anda, acompáñale.

ENRIQUE

No es eso. Iba á preguntar dónde hago menos extorsión.

CARMEN

Donde usted quiera: para los dos sitios es camino el comedor, que es donde ustedes dos se quedarán charlando.

ENRIQUE

Malhumorado, al salir por el fondo

¡Revienta, si no lo pregona!

CARMEN

Riéndose, á Gloria.

¡Pero qué rabia le da que yo me meta en vuestras cosas!

GLORIA

Ya en la puerta:

Entonces, ¿sales sin remedio, Carmen?

CARMEN

¡Y para la cena, con vosotros!

GLORIA

No tardes.

CARMEN

No, Glorita.

Sale Glorita, y cuando Carmen da unos pasos hacia la silla para sentarse aparece, entrando por la lateral izquierda, Pablo.

PABLO

¿Tú, aquí? Me extraña verte en mi laboratorio. Le tenías horror.

CARMEN

Como no nos vemos nunca...

PABLO

Lo remedias tú, viniendo á despedirte; eso está bien.

Se ha sentado delante de su mesa de trabajo y durante el diálogo que sigue manipula y observa, utilizando algunos aparatos.

CARMEN

¿Qué hay de la cátedra? ¿no te dan esperanzas?

PABLO

No.

CARMEN

¿Entonces?

PABLO

Me han dado una seguridad, desagradable, pero seguridad.

CARMEN

¿Qué pasa?

PABLO

Que desde hoy, primero de Marzo, no tengo auxiliaría.

CARMEN

¿Ni eso ya? Pues para ser tres meses los que llevas cuidándote exclusivamente tú de tus asuntos, te has lucido. Y no es que no me la tuviera yo tragada, desde el primer momento. Pero como te pusiste de aquel modo... Vamos, ¿ves ya que una cosa es saber mucho y otra cosa servir para estos trotes de buscarse la vida, tomándole las vueltas? De modo que ni con tanto así contamos... Pues quiere decirse que llegó el momento de dejar á un lado resquemores y de hacer por casa. A defenderse tocan. Hay que dar pasos, ir de puerta en puerta, interesar al claustro en favor tuyo y yo me encargo. Y ahora mismo.

PABLO

¡Tú no harás nada!

CARMEN

¿Que yo no haga nada? Pues entonces para nosotros, desde hoy, es la miseria.

PABLO

Tengo mis lecciones particulares.

CARMEN

¡Valiente puñado son tres moscas!

PABLO

Mi laboratorio, mis estudios sobre el tratamiento de la tisis...

CARMEN

¡Oh!

PABLO

Ya sé que de momento no representan ningún dineral; pero con el tiempo...

CARMEN

Llevas diez años de preparativos y tú mismo confiesas que necesitas doble tiempo para que tu descubrimiento empiece á dar. ¿Veinte años y para entonces la fortuna? Gracias. Tenemos tiempo de habernos muerto antes de hambre.

PABLO

Siempre es mejor que llamar á algunas puertas.

CARMEN

Procurar por su casa á nadie humilla.

PABLO

Desde dentro de ella.

CARMEN

¿Cómo, Pablo? ¿Es que alguien va á venir á interesarse por nosotros, si ya se sabe el modo que

tienes tú de agradecerlo? ¡También á mí me gusta prescindir del mundo y darle con la puerta en las narices! Es muy bonito; pero no cuando una se encierra en un pozo para lograrlo; sino con abundancia y desde arriba.

PABLO

¡Desde arriba! ¡Esa es tu obsesión! ¿No te lo estoy diciendo siempre? ¡Subir, trepar, como la hiedra! ¿No es así?... Pues mira: la hiedra, en su afán de subir alto, agarrada á los sillares, tira de ellos, los desencaja de su argamasa, hace ruina el murallón y cae con él; piénsalo, Carmen.

CARMEN

No siempre caerá.

PABLO

No; la hiedra no. Si tuvo tiempo de ganar la cresta, pasa del murallón á las paredes de la torre; ella se salva; pero hizo su obra; el murallón cae solo, y eso soy yo quien ha de pensarlo, y yo lo pienso.

*Vuelve á ocuparse en sus observaciones sobre la mesa y* CARMEN, *con decisión le afronta.*

¿Te da lo mismo que llamemos á las cosas por su nombre, Pablo? Porque es que si no, reviento yo. Ni aquí hay tal hiedra ni tales paredes. Siempre fuí yo del mismo natural y hasta hace pocos meses no se te ocurrió hacerle ascos; ¿y sabes por qué? Porque tú evitarás hasta nombrarle; pero desde hace unos meses, Pablo, en tus adentros y aquí en casa, no hay más que una manía, una preocupación: Julio Quintana.

PABLO

Violentamente, como viniendo á la realidad y prescindiendo ya de sus trabajos.

¿Qué?

CARMEN

Julio Quintana, ya está dicho: que no te creas que me da reparo. Y es muy posible que lo de dejarte sin la auxiliaría, venga de él; no te lo niego. Le diste un desaire, se venga como puede, ¿y qué, hasta aquí? ¿Vamos á cruzarnos de brazos y apechugar con la miseria por no tratar con él? También es fuerte cosa; porque yo no tengo culpa. ¿Pues para cuándo dejas el darle importancia? ¡No faltaba más! Yo no quiero que te eches á sus pies, á darte con un canto en el pecho para desenojar al hombre; ¡no! ¿Cómo he de quererlo?... Pero hay mil maneras...

PABLO

¡Carmen!

CARMEN

Sin ir más lejos, en casa de Arroyo. Déjalo de mi cuenta. ¡Si aquello es un rincón de ministerio!... Por eso te digo... le hablaré al doctor Arroyo, que te aprecia mucho. Procuraremos averiguar de dónde viene el tiro. Él trata mucho al otro. Veremos las explicaciones que hay que darle, ¡y qué demonio! á una mujer le está bien todo; se le hablará á Quintana, si es preciso...

PABLO

Amenazador; poniéndose en pie.

¡Carmen!

CARMEN

¿Te has vuelto loco?

PABLO

No; mírame bien; estoy en mi juicio. Has sido tú, rompiendo con tus manos el anónimo de toda esta

trama burda, la que trajo la conversación á este terreno; pues bien, sea: por una sola vez, hablemos. ¿Que yo vaya detrás de tus intrigas, de tus vanidades y de tus deseos? No, no; yo peso más; te arrastro á ti. Yo mando. ¿No ves que yo pienso? Te prohibo...

CARMEN

¡No prohibas!

PABLO

Te prohibo no sólo que hables, pero siquiera que veas á Quintana. Por el camino que has dicho, no has de dar un paso. Prefiero el hambre.

CARMEN

Entonces, basta.

PABLO

¿Te vas?

CARMEN

¿No has concluído?

PABLO

¿No te excusas, siquiera?

CARMEN

¡Pablo!

PABLO

Comprendo: pero es demasiado cómoda esa actitud que te franquea á punto la puerta.

CARMEN

¿A punto?...

PABLO

La hora de todas las tardes: ¿no has pensado alguna vez, cuando combinas tus idas y venidas, que esta regularidad es sospechosa?

CARMEN

¿Tienes algo que echarme en cara?

PABLO

Tu impaciencia, ¿no basta?

CARMEN

Es que me parece absurdo llevar más lejos una explicación inútil.

PABLO

Te esperan las de Arroyo.

CARMEN

Como todas las tardes.

PABLO

¿Y cenarás allí?

CARMEN

Probablemente; si se empeñan. Les debemos demasiadas atenciones para que yo no acceda á un buen deseo suyo que es, además, una amabilidad.

PABLO

¡Si les debemos tantas atenciones!

CARMEN

Yo, personalmente, hasta mis trapos.

PABLO

¡Carmen!

CARMEN

¿Vas á decirme que estás en vena de negocios y que puedes mandarles el dinero? Porque si es así, me quedo: ya ves tú. No creas que pagarles en humillaciones y zalamerías me resulte cómodo.

PABLO

Ni tú creas que esa impertinencia lo resume todo: yo no te impongo la obligación de llevar los trapos que llevas.

CARMEN

Me la impone tus méritos; eres, al fin y al cabo, un hombre conocido. En resumidas cuentas: ¿dejas ó no dejas para mí lo de la cátedra?

PABLO

Te lo he dicho ya: prefiero el hambre.

CARMEN

Entonces...

Hace un movimiento de hombros y se dispone á salir; antes de llegar á la puerta, vuelve sobre sus pasos, como pensándolo mejor, y para despedirse de PABLO inclina la cabeza esperando el beso de adiós.

PABLO

¿Qué?

CARMEN

No, nada; pero como ahora has establecido la costumbre de no entrar siquiera á verme cuando llego... Por si no ceno en casa, ¡hasta mañana!

Ahora es cuando marca el gesto indicado.

PABLO

Con sequedad; retirándose.

¡Oh, no, Carmen, gracias! Me conmueve tu gene-

rosidad... pero el formol no se ha alterado en estos meses: apesta lo mismo que antes.

CARMEN

Como quieras: adiós.

PABLO

Adiós.

Sale CARMEN por el fondo. PABLO queda unos momentos pensativo. Luego, bruscamente, llama:

¡Enrique, Enrique!

ENRIQUE

Precipitado; entrando por la lateral izquierda: le sigue GLORIA.

¿Don Pablo?

GLORIA

¿Llamabas?

PABLO

Sí.

Al ver á su hermana.

Para hablar precisamente de vosotros... ¿tú te quedas?

GLORIA

¡Oh, no, entonces! Allá espero. Hablad cuanto queráis; piensa en mi felicidad y ¡Dios te bendiga!

Le abraza y sale por la misma lateral.

PABLO

Enrique, escucha... Dime si está el pobre Isidro en su sitio de costumbre. ¿Se ve desde aquí?

ENRIQUE

Dirigiéndose á la ventana y mirando por ella.

Se ve... No está.

PABLO

No está.

ENRIQUE

Perdone usted... se había escondido un momento. Vuelvo á verle. Sale. Despacio y parándose, á veces. Parece que siga á alguien, ocultándose de él...

PABLO, como avergonzado, se tapa la cara con las manos.

¿Le llamo?

PABLO

Sí... ¡No, déjale!... Y él vendrá si algo tiene que decirme: gracias, Enrique.

Hay una breve pausa; ENRIQUE se acerca á su maestro, procurando tímidamente reanudar conversación con él.

ENRIQUE

¿Le parece á usted que hablemos, don Pablo?

PABLO

¿Ahora?... Sí. Ya no me da pena lo que tengo que decirte: vas á ser feliz.

ENRIQUE

¿Consiente usted, don Pablo?

PABLO

Vas á ser feliz... de otra manera. Cuando me escuches, creerás que es un dolor; pero yo te juro que es la felicidad.

ENRIQUE

¿Entonces?... ¿Gloria?...

PABLO

Yo no te la niego; es el destino. Te lo indiqué al principio, cuando dudaba todavía...

ENRIQUE

¿Y ahora?...

PABLO

Ahora no dudo; está herida; en el pecho. Cuando me la trajeron, yo tenía entusiasmos, esperanzas. Hoy yo valgo poco. Y para la ciencia actual no tiene remedio. Óyeme, Enrique; no te aflijas... No pedéis casaros; sería su muerte; su muerte antes, en pocos días... Entiende bien que no me opongo yo: es el médico. Para mí, tú eres mi hermano menor desde este instante. En lo demás me atengo á tu conciencia; no te aflijas.

ENRIQUE

Casi entre sollozos.

¿Y dice usted que voy á ser feliz?... ¿Se burla usted de mí, don Pablo?

PABLO

No; te conozco. Aunque sólo sea por piedad, sé que la tendrás doble cariño desde ahora. Y harás bien. Una fidelidad de pocos años puede garantizarla siempre una mujer; ¡y como no ha de vivir más!... Cuando te deje será tuya todavía; la cerrarás los ojos y cerrarás en ellos su última mirada, que habrá sido para ti: ¿deseabas mayor felicidad? Pues no la da este mundo.

ENRIQUE

¡Don Pablo, injusto no! La envuelve usted en un despecho que será justo tal vez; pero ¡ella no es como las demás mujeres, ¡es ella, don Pablo!

PABLO

También yo, á tus años y en la misma situación, habría dicho ¡es Carmen!

ENRIQUE

Pues no debimos hablar de estas cosas en este momento. Sufre usted demasiado y los que sufren demasiado son crueles... Pero olvida usted que su hermana espera: ¿qué le digo?

PABLO

No mientes diciéndole que mi consentimiento lo tenéis; por lo menos esta alegría puedes dársela; pero que aconsejo todavía unos meses de paciencia para asegurar su curación total; que .. nada más: fatalmente y como siempre, la realidad se encargará del resto. Tú lo sabes.

ENRIQUE

No, don Pablo; no sé nada.

PABLO

Pues la ciencia dice...

ENRIQUE

¡Pero no dice nunca la última palabra! Además, para los que queremos, queda Dios.

PABLO

¡El milagro! Sí; es hermoso. Díselo también á ella.

ENRIQUE

No lo necesita.

PABLO

¿No sospecha?

ENRIQUE

Tal vez sabe que está su vida amenazada; pero no necesita creer en el milagro para esperar con toda su alma: ¡tiene fe en usted!

PABLO

Con estupor y con dolorosa ironía.

¿En mí?

ENRIQUE

Muy conmovido; al salir.

No lo olvide usted, don Pablo.

PABLO

Basta... Ve con ella, ve con ella.

Sale ENRIQUE por la lateral izquierda. Don PABLO se deja caer desplomado delante de su mesa de trabajo, diciendo:

¡Pero si es inútil; si yo ya no puedo nada!

Llaman con los nudillos en la puer-
del fondo, sobre los cristales.

PABLO

¿Quién?

ISIDRO

Su voz, entreabriendo la puerta.

Pablo, ¿estás ahí?

PABLO

Saliéndole al encuentro.

¡Padre!... ¿entonces?...

ISIDRO

¡Esta vez, cuando vuelva, ha de decírmelo á mí, á su padre y á la cara, que es mentira!

TELON

# ACTO TERCERO

La misma decoración del anterior: únicamente la luz ha cambiado. Está encendida una lámpara que cuelga del techo y otra, de trabajo, con pantalla verde, sobre la mesa. Pablo, pegada la frente á los cristales, observa, por la ventana, el exterior.

GLORIA

Entrando por la lateral derecha.

Pablo, ¿es cierto lo que cuenta Isidro?

PABLO

No sé; ¿qué cuenta Isidro?

GLORIA

¿Por qué ha vuelto?... Dice que viene á buscar á Carmen, para hacer con ella un viaje muy largo; que lleva meses preparándose para ese viaje. ¿Lo sabías, Pablo? A mí no me ha dicho nadie nada.

PABLO

¿Pero no sabes que está loco? Cosas de él, Glorita.

GLORIA

¿Verdad que sí?... ¡Me entró una angustia oyendo al viejo!... ¿Qué haríamos nosotros si Carmen se nos fuera?

PABLO

Con ella ó sin ella, hermana, trataríamos de cumplir nuestro deber.

GLORIA

¡Sería tan triste!...

PABLO

Pensaríamos en ti, Glorita; tú tienes derecho á ser feliz y casi tocas con las manos la alegría de tu vida; pero como estás un poco débil, sin un brazo en que apoyarte, te desmayarías, tal vez, á media cuesta. Pues á ti ha de consolarte pensar que en muchos rincones del mundo, á estas mismas horas, hay unos hombres desinteresados, buenos, que no piensan en sus dolores propios, que no te conocen

siquiera; pero que junto á una mesa como ésta, inclinados sobre unos cristalitos como éstos, dejan pasar las horas estudiando fervorosamente, ávidamente... ¿Sabes para qué?... Para averiguar en qué consiste tu dolor; para curarte á ti... ¿Y quieres que yo no les ayude?... ¿y quieres que, para ayudarles, no olvide mis tristezas, si las tengo?

GLORIA

*Tomando su mano y besándola.*

¡Pablo!...

PABLO

Pues ya ves cómo un deber, Glorita, pensándolo bien, vale la vida.

GLORIA

¡Lo que veo es que no me engañaba el corazón! ¿Qué pasa, Pablo?... Porque no son sólo despropósitos del viejo: á ti también te encuentro extraño. No hablas como para darme á mí razones, sino como para dártelas á ti... ¿Qué pasa? Cuando tú dices cosas que más llegan al alma, es cuando sufres más: lo sé de siempre.

PABLO

Con ironía triste y dulce.

Tú has oído decir que hay ciertos pájaros que cantan mejor cuando les han quitado los ojos y por hacerme un cumplido, diciéndome que canto bien, das por sentado que estoy ciego.

GLORIA

Ladeando la cabeza, sin darse partido.

¡No, no, Pablo; te conozco!

PABLO

Que ha vuelto á ponerse en pie golpeándola cariñosamente en el hombro y tratando de serenarla sólo con el gesto.

Vamos, vamos...

Se dirige otra vez á la ventana y mira por ella; hay un silencio que corta PABLO, preguntando.

¿Qué hace Isidro?

GLORIA

Me parece que en estos meses ha vuelto á su costumbre fea.

PABLO

¿Bebe?

GLORIA

Coñac.

PABLO

Pues se lo he dicho ya: se está matando. ¿Con quién le dejaste?...

GLORIA

Con Enrique. Ya había tenido una agarrada con Engracia, que quiso arrancarle la botella y á punto estuvo de hacerle sangre con el vaso, tirándoselo á la cara—¡y habla, y habla!—Parece que Enrique le ha aquietado un poco. Pero ahora voy yo. Porque Enrique tendrá que marcharse.

PABLO

¿No iba á cenar con nosotros esta noche?

GLORIA

Cuando todavía no sabíamos que estaba Isidro en

casa. Una humorada nuestra. Descontábamos de antemano tu consentimiento...

Se queda mirando fijo á PABLO, como para averiguar si es cierto.

PABLO

Sí, hija mía.

GLORIA

Más animada.

...Y á mí me hacía ilusión esta primera cena de los cuatro, casi en familia: Carmen y tú; Enrique y yo. Por eso fué el rogarle á Carmen que volviera pronto: me lo había jurado. Pero ahora...

PABLO

De todos modos, yo prefiero que Enrique se quede esta noche hasta más tarde: aunque Carmen no vuelva.

GLORIA

No debe inquietarte, en todo caso. Me dijo que salía á asuntos tuyos y estará en casa de Arroyo.

PABLO

Sí; ya sé.

GLORIA

Ahora tengo remordimientos de haberla instado tanto. No sé qué me pasa: como si algo nos amenazara, y yo, sin querer, por egoísmo estúpido, hubiera precipitado los acontecimientos. ¡Qué ceguera!

PABLO

¿Gritan?

ISIDRO

Su voz, dentro.

¡La oigo!... ¡es ella!... ¡suelta, Enrique!...

GLORIA

¡Otra vez el pobre viejo! ¿Qué le pasa?

Y al abrir la lateral derecha para averiguarlo aparecen en ella el viejo Isidro, congestionado el rostro, más caído al parecer que en el segundo acto, y agarrado al brazo de Enrique.

ISIDRO

Con ansia desde que entra en escena.

¿Ha vuelto?

PABLO

No.

ENRIQUE

A Isidro.

¿Ve usted?

GLORIA

¿De quién habláis?... ¿De Carmen?

PABLO

¿No quiere usted hacerme caso?... ¿Tiene más que estarse en su cuarto, recogido? Yo iré luego á verle, se lo juro. ¿Por qué le has consentido que viniera, Enrique?

ENRIQUE

Oyó hablar y pretendía que era Carmen.

PABLO

Ya ve usted que no.

ISIDRO

Ten caridad... Me parece que no estoy para inspirar desconfianza á nadie. Ya esta ruina, ¿qué daño puede hacer?...

PABLO

¡Si es por usted, padre! ¡Si en bien suyo quiero que esté tranquilo y recogido!

ISIDRO

Tranquilo... ¿dices que he de estar tranquilo?... Ya lo sé; lo estoy; más que tú. Se andan á vueltas por tu cabeza, como siempre, las ideas: muchas, millones, millones... Yo no tengo nada más que una; pero tan clara, que es fija; tan clara, que se me ha quedado sola en todo el cráneo. Así no tengo que pensar. Y así no sufro. Pero consentidme que me esté en la sala, al paso... donde se vea, y nada más, el camino de la puerta, aquí... ¿consientes, Pablo?

PABLO

¿No olvidará usted lo prometido?

ISIDRO

¿Qué más promesa?

Trata de levantar el brazo derecho.

Pesa un mundo... ¿puedo, Pablo?

PABLO

Puede usted recogerse donde quiera.

Van á andar otra vez.

No. Dale el brazo, Gloria, y mándanos á Engracia. Tú quédate, Enrique.

Se organiza todo como indica Pablo y éste se sienta, en una silla junto á la mesa, sosteniendo su cabeza entre ambas manos.

ENRIQUE

Desde la puerta, al desaparecer Gloria y el viejo.

¡Pobre viejo!

PABLO

Será el primero en desplomarse... ¡Feliz de él!

ENRIQUE

Desde la puerta siguiendo al grupo con los ojos.

Un hombre que habrá sido demasiado bueno y que morirá de puro serlo.

PABLO

Ó una moral, que habrá sido poco humana y que acabará agarrotándose á sí misma.

Aparece Engracia por el fondo.

ENRIQUE

Avisando á Pablo.

Engracia.

ENGRACIA

Señor...

PABLO

Engracia... Acércate más.

Da ella unos pasos.

Si la señora vuelve pronto, es posible que yo tenga que hablar aquí con ella, y á solas, un mo-

mento. Cuida de que no nos interrumpan ni el señor Isidro, ni la señorita Gloria. Pero, en último término, si no puedes contener á mi padre, déjale... Tú no abandones un minuto á Gloria, desde que esté aquí la señora. ¿Me has entendido bien? No te apartes de su lado, y procura entretenerla y distraerla.

ENGRACIA

Así lo haré.

PABLO

¡Y mira que si lo haces así, le salvas la vida!

ENGRACIA

Bien está, señor...

Se enjuga los ojos con el delantal y sale diciendo.

¡Por mi madre que esté en gloria, señor, que nunca pensé tomarles en estos años tanta ley! ¡Si es que no sé lo que me pasa, y lloro sin querer!

ENRIQUE

Vete, vete.

Sale ENGRACIA.

PABLO

Y tú también, Enrique, cúidame á Glorita. Lo mejor sería que no se enterara. Si eso no es posible, vamos á procurar entre todos por ella, y ¡quién sabe! Lámpara de tan poco aceite, que parece que un soplo iba á apagarla, tal vez mañana nos hará vivir á todos.

ENRIQUE

Al volver Gloria.

Ella...

PABLO

No la dejes.

GLORIA

Entrando.

El pobre viejo es bueno; se aquietó. Dice que ha vuelto porque se sentía enfermo y que tenemos que cuidarle mucho. ¡Vaya si le cuidaremos!

Pablo sigue observando por la ventana.

Todavía recuerda que alguna vez, á escondidas de todos en la casa, hasta de Carmen, yo le pegaba los botones y le remendaba el uniforme. No lo olvida. Y lloraba diciéndolo. Cuando se pone así, parece un niño. Me prometió no moverse del comedor, donde le dejé tranquilo y sin coñac. Y ahora, cuando entre Carmen, tendrá una sorpresa.

ENRIQUE

Yo no soy partidario de esperarla.

GLORIA

Como en súplica.

¡Yo sí!...

Pablo mira con mayor insistencia por el ventanal.

¿Qué miras, Pablo?

PABLO

Dominándose.

Nada; el cielo.

GLORIA

¡No!

ENRIQUE

¿Tú qué sabes?

GLORIA

Lo tengo medido. Hay que mirar desde el tercer cristal para ver un poquitín de azul ó algunas estrellas á estas horas.

Repentinamente se para á escuchar

Esperad. ¡Carmen!

PABLO

¿Carmen?

GLORIA

No me cabe duda; oí su voz.

ISIDRO

Su voz, dentro.

¡Suelta, Engracia!

PABLO

¿Con quién habla?

GLORIA

Con Isidro.

ISIDRO

Su voz, dentro

¿Adónde va la descastada? ¡espera

PABLO

¡No!

GLORIA

Déjame... ¡voy!...

Y desde la puerta grita:

¡Aquí, aquí, Carmen!... ¡No la detenga usted, señor Isidro!... ¡La llama Pablo!... ¡Carmen, Carmen!

Aparece Carmen en la puerta: como de costumbre, trae unas flores en la mano.

¡Aquí está!... ¿no os lo decía? ¿tenéis algo que echarle en cara si llega puntual, por mí, por no disgustarme, porque estoy enferma? ¿La queréis más buena?... ¿La queréis más buena?...

Va á abrazarla.

¡Carmen, Carmen

CARMEN

Espera...

GLORIA

¿No me abrazas?

CARMEN

Dándole las flores y como si hubiera sido por ellas el no abrazarla.

Toma: para tí; las escogí yo misma, una por una. Quería que esta noche tuviérais la mesa bonita, por lo menos.

GLORIA

¿La queréis más buena, Pablo?

CARMEN

Viendo entonces á su marido.

¡Pablo!... ¿has hablado á mi padre?... ¿me esperabas?...

PABLO

Sí.

CARMEN

Aquí estoy.

GLORIA

¿No vienes?... ¿no me ayudas á arreglar la mesa?

CARMEN

Ahora no; después...

GLORIA

¿Quieres que yo me quede?

PABLO

No; Glorita.

GLORIA

Entonces dame un abrazo.

CARMEN

luego.

GLORIA

Hasta luego.

ENRIQUE

Procurando llevárse

Basta, Gloria.

GLORIA

Adiós.

ENRIQUE sale con GLORIA por la lateral derecha.
Quedan solos CARMEN y PABLO.

CARMEN

¿A qué vino mi padre?

PABLO

Cerrando la puerta del fondo.

Sin levantar la voz; podría ser la muerte para esa pobre criatura y creo que lo sentirías tú también.

Viniendo á primer término.

¡Respóndeme, Carmen!

Hay una pausa en que los dos se miran ampliamente.

CARMEN

Pregunta.

PABLO

Como la tarde aquella en que le eché de casa por mentir ¿recuerdas?, tu padre ha vuelto... á pagar su deuda, dice. Día por día, y dejándose años de su vida en cada uno, ha estado siguiendo tus pasos: piensa en los peores para decirme si miente ó no miente.

CARMEN

No miente.

PABLO

Yendo á ella, impulsivo, amenazador.

¡Carmen!

CARMEN

¡Mátame si quieres: es verdad!

PABLO

¡Y vuelves!... ¡Y todavía esta tarde, esta mujer, sin que el remordimiento la hiciera temblar, ha tenido fuerzas para inclinar su frente y ofrecerla á que mis labios la tocaran!... ¿Pero no pensaste, Carmen, que eran tus rodillas las que debían inclinarse hasta tocar el suelo?

CARMEN

Esta tarde, no tenía para qué temblar; podías besarme...

PABLO

¿Y ahora también?

CARMEN

Después de un gran esfuerzo, bajando la frente.

Ahora no.

PABLO

¡Maldita seas!

CARMEN

Como arrancándose de su presencia, ciega.

¡Dios te escuche... y déjame salir!

PABLO

Sujetándola bruscamente por un brazo y obligándola á caer en una silla.

¡Atrás, no hay paso! Antes, confiesa; y si la palabra te parece demasiado noble para un crimen, dime la causa, la intención, el nombre; así, de plano: ¡canta!

CARMEN

¡Pablo!

PABLO

¡Cantal... No te apures, yo te ayudo... ¿Quintana, verdad, Quintana? ¡Responde!

CARMEN

Sí; me esperaba. A pocos pasos, en la calle. Tal vez yo te habría obedecido. Pero él se anticipó; me conocía. Y ha sido un minuto de infierno, desde que le repetí tus órdenes y aquel hombre se quitó la careta para hablarme como no me había hablado nunca. Y ha sido horrible, porque recordé tus palabras de hace un momento: ¡mi afán de trepar, perdiéndonos á todos! Como yo no cedía, él se vengaba... No he podido resolverme á hacer tanto daño—y eso es todo. Pero el precio no lo he puesto yo: ¡se me habría exigido sangre de mis venas, abriéndolas con un cuchillo y ¡por la memoria de mi madre, te lo juro! la habría dado igual!

PABLO

Te has vendido... ¿y yo? ¿y yo, Carmen? Porque si ahora pudieras confesarme una pasión, un arrebato ciego de esos que se meten por el alma como un huracán, arrollándolo todo, que dignifican al mismo que condenan, que hacen de un ladrón de la honra ajena un adversario digno, yo sufriría me-

nos, Carmen. ¡Yo tendría en quién saciar estos furores de venganza, que acaban siempre en sed de sangre y que veinte siglos de prudencia humana no contienen! ¡Yo bendeciría este momento en que el hombre defiende su amor como el tigre su hembra y en que, mondo el cerebro de razón, los brazos piden brazos y los dientes muerden!

CARMEN

¡Perdóname, Pablo!

PABLO

¡No; no es eso! ¡si donde la venganza no es posible, el perdón es villanía! ¿Pusiste el corazón en esta infamia? Pues si no lo has puesto, ¿qué perdono? ¿bálsamo para qué, si no hay herida? ¡es mancha y mancha de fango nada más! ¡no llega hasta poderse perdonar! Eso lo seca el sol de un día y se lo lleva el viento del desprecio; y aunque arruina una casa, como la carcoma hunde un altar, de eso no entiende el corazón; eso á la ley, en todo caso. Pero antes de acabar: ¿Tienes disculpa?

CARMEN

Ninguna; porque, no te parece una disculpa que hasta ahora no haya visto el mal que hacía.

PABLO

¿No te lo daban á entender la gente misma y las murmuraciones de la gente y mi actitud?

CARMEN

Todo eso me parecía una injusticia y me cegaba más... Yo he podido disponer de tus consejos para todo, menos para guiarme en estos pasos, que han sido los únicos difíciles de mi vida. Yo sabía que hablarte de eso valía tanto como darles cuerpo á tus sospechas y precipitar, injusto y todo, el fallo. Tal vez si hubiéramos hablado á tiempo y tú me hubieras dicho una palabra, nada más que una palabra...

Por un gesto de Pablo.

¿Por qué no, Pablo?... no estaríamos ahora donde estamos. Pero ya lo has visto: quise esta tarde hablar y no ha habido manera; por todo consejo me has dado una orden. Y al salir, cuando necesitaba más de tu amparo, cuando instintivamente lo buscaba, porque ha sido sin reflexionar, no has encontrado otra respuesta que el sarcasmo. Injusto, Pablo. Poca mujer soy; pero no miento.

PABLO

¿Injusto?... ¿Pero no te he dicho, Carmen, que tu

padre, hace un momento, vino á rendirme cuenta estrecha de tus pasos?

CARMEN

Fueron los pasos de una criatura loca; de una mujer infame, no. Podías condenarlos; pero sin condenarme á mí por ellos. Cuando he visto con claridad, era ya tarde. Hay tantas maneras de forzar á una mujer por esos mundos, Pablo, que después de todo, el puñal, como no engaña, es la más noble.

PABLO

¿Pero tenías tú necesidad de dar esos pasos? ¿Pero qué te proponías?...

CARMEN

Confusa; sin palabras; deseando concluir.

No, no, Pablo: ¡déjame salir!

PABLO

¡Acabemos! ¿Qué te proponías?

CARMEN

Con desaliento; con melancolía infinita.

No lo sé... Siempre me gustó vivir; no es nuevo en mí; lo llevo dentro.

PABLO

Sí. ¡Y así has llegado hasta aceptar la protección que te manchaba, por ambición de mujer, por vanidad y á veces menos: por un trapo!...

CARMEN

Reaccionando: con sincero acento.

No, no, Pablo, no; por algo más... Por algo, yo no sé... qué á mí me parecía una obligación; como mi conciencia misma: la voz más clara que tenía mi conciencia para mí. Ya, desde niña. Es como una fuerza que me lleva á intentarlo todo, sin querer. Y cuando por la primera vez mandó en mi vida, me llevó á tus brazos; conque no será tan mala. No era ambición; era otra cosa. Pero yo necesitaba tener como los que más tienen, en casa. Y todas las alegrías de la vida; y toda la abundancia; y el poder ¡y la salud, á veces!... no me explico bien... Algunos días, por esa misma protección de que ha-

blas tú, cuando se me tendía una mano, cuando podía remediar un poco nuestra situación difícil, cuando le traía flores á tu hermana ó alguna cosa que ella deseaba mucho, sentía dentro de mí como el paso de una vena de miel que me llegaba al corazón; tan dulce era aquello. Y aunque hubiera sabido que estaba haciendo mal, el gusto de aquel poco de bien traído á casa era tan bueno, que yo creo que no me habría avisado nunca la conciencia. Ahora sí; no me queda nada por decir. Puedes matarme. Ya sabes todo lo que soy: ¡mala, pero buena!

Hay una pausa larga; PABLO tiene hundida la cabeza entre las manos junto á su mesa de trabajo: CARMEN sollozando, pregunta:

¿Callas?

Y entre el ruido de los sollozos de CARMEN, PABLO levanta la cabeza. Delante de él, á la altura de sus ojos, está el microscopio. Se fija en él un instante y dice apretándole entre sus manos, con desengaño y con ira:

PABLO

¡Maldito seas! Nos enseñas á descubrir hasta lo infinitamente pequeño en el mal, ¿y para qué? Tal

vez si poseyéramos tu igual para descubrir hasta lo infinitamente pequeño en el bien, el mundo y la humanidad serían mejores!

Se acerca á CARMEN.

Carmen, esta noche, tú y yo vamos á separarnos sin remedio.

CARMEN

Pablo...

PABLO

Pero esta vez, la hiedra no se habia pegado á un murallón; dió en vivo sobre un tronco vivo y al arrancarla violentamente queda seco el árbol... Tú, sin saberlo, echaste sobre mi casa todas las manchas de una lepra; no le has evitado ni una sola: ¡vete!... Pero, antes de salir, óyeme, Carmen: ¡No, no tienes culpa! El instinto del bien absoluto estaba en ti pujante, como la zarpa de una fiera; son otros los responsables de haberlo convertido en mano de mujer infame que acaricia y pide... ¡Vete y véngate!... Si algún día vuelves á entrar por esa puerta trayendo entre las uñas las piltrafas sangrientas de un corazón corrompido que para vengarte hayas abierto, la ley se creerá con derecho á condenarte; ¡pero, yo, entonces, te abriré mis brazos! ¡Yo, yo, Carmen! Te lo juro. ¡Vete!...

Aparece en el marco de la puerta el viejo Isidro.

ISIDRO

¿Adónde, Pablo?

PABLO

¡No, deje paso, Isidro! me dió sus razones y yo no la retengo: ¡deje paso!

ISIDRO

¿Sabes lo que haces de ella, Pablo?

PABLO

¡Deje paso!

ISIDRO

¿Nos echas?

CARMEN

¡No, padre! ¡Soy yo la que no merece estar aquí; se me cae la casa encima; se lo juro, padre! ¡Perdónenme todos!

ISIDRO

Ya... ¿Y pretendéis los dos que estando aquí me aparte?... Pues á ti, que la dejas salir, ya no te conozco, Pablo; ya no sé quién eres. Pero yo soy su padre... y ella, hasta esta raya del ladrillo, mi hija; ingrata, pero mi hija... Si llegando á esta raya, yo me aparto y ella pasa, más allá será cualquiera, será nadie... ¡No! ¡Para eso me he quedado con una sola idea! ¡¡Más la quiero muerta, que mala mujer!!

PABLO

¡Isidro!

CARMEN

¡Déjale y que él haga de su hija lo que quiera¡ ¡Padre, voy!

Se abalanza hasta caer en brazos de su padre.

ISIDRO

¡Así!... ¡Ven! ¡Ven!... ¡Por fin!

Con sobrehumano esfuerzo levanta el brazo armado de un cuchillo en punta, que sepulta en el pecho de Carmen; instantáneamente quedará mirando el cuerpo desplomado, con fijeza de idiota.

PABLO

Recogiendo el cuerpo exánime en sus brazos.

¡Padre!, ¿muerta?

ISIDRO

Dejándose caer, paralítico á medias, en una silla con salmodia que no interrumpe hasta el final.

¡Pero mía!, ¡mi hija!... ¡Mía!, ¡mía! No me la robarán... mía... mía... ¡más la quiero!...

Por la lateral entran Gloria y Enrique, prevenidos por Engracia.

GLORIA

¡Carmen! ¡Carmen!

A su hermano, descompuesta de dolor, apostrofándole.

¡Pablo! ¿No la podíais perdonar?

PABLO

Con arranque, acudiendo á Gloria y tratando de evitarle la visión horrible.

¡Sí, Gloria, sí! ¡Ven ahora y dime y vuelve á decirme muchas veces que Carmen era buena! Tú la miraste sin egoísmo: tú la viste así... Vas á vivir, te lo juro; te he de hacer vivir para que constantemente le digas á este hombre que ha sido cruel...

Teniendo abrazada á Gloria, se encara con Isidro, violento.

¿Qué ha hecho usted?... ¿justicia? ¡No, mentira! ¡Ella iba á hacer más!: ¡iba á llorar, iba á ser desventurada, habría muerto buena!...

FIN

# APÉNDICE

Por si á exigencias del reparto conviniera, copio á continuación otro final que para esta obra había sido escrito.

No doy á lo anecdótico tanta importancia como á lo mental, y desde luego me conformo con el final que escojan los actores, de los dos que aquí se señalan.

Las variantes de esta segunda solución comenzarían en la pág. 163, donde dice:

ISIDRO

¡Así!... ¡Ven! ¡Ven! ¡Por fin!

Desde la acotación inmediata, hasta el final, la obra proseguiría en esta forma:

**Cuando el viejo bedel levanta el brazo armado de un cuchillo para herirla, se determina un ataque de hemiplegia y cae desplomado Isidro, en brazos de Pablo que iba á contenerle.**

CARMEN

*Apartándose horrorizada.*

¿Y se muere?

PABLO

Sin maldecirte... Dios le tapó la boca ¡y Dios es Dios!

CARMEN

¡Padre... padre!...

PABLO

*Ayuda á caer en un sillón, junto á la mesa el cuerpo, á medias paralizado del viejo bedel: llama,*

¡Enrique! ¡Gloria!

CARMEN

*Dando á entender su estado de ánimo.*

¿Gloria? ¡Gloria, no!... Dile... ¡dile que no he querido que me viera!

*Retrocede sin dejar de mirar el cuadro que queda en la escena; llegando á la puerta, con un esfuerzo supremo, huye á través de la sala; se abre la lateral izquierda, dando paso á* Enrique *y* Gloria,

GLORIA

Al ver el cuadro.

¡Pablo!...

Enrique y Pablo atienden al moribundo.

¿Y Carmen?

PABLO

Se fué...

GLORIA

Adivinando; casi entre sollozos.

¿Volverá?

Pablo no contesta.

ENRIQUE

Con ojos de súplica; mostrando á Pablo la perturbación angustiosa de Gloria.

¡Pablo!

PABLO

Reaccionando; con ímpetu.

¡Volverá, sí, Gloria, y casi te diré que no se ha

ido! ¡Podemos llevarla sin flaqueza en nuestros corazones! ¡Tú sola, Gloria, que miraste en su alma sin deseo malo, la viste cómo era!

GLORIA

Entre sollozos siempre.

¡Pablo, Enrique!

Y juntando las manos, se deja ceer de rodillas junto al bedel.

PABLO

Mientras Enrique atiende al viejo y Gloria le ayuda.

Pero dejó la muerte en casa...

Vuelto á la puerta del fondo.

¡Sigue trepando!... Que si un día vuelves, arrepentida tal vez, encontrarás ruinas.

Se agrupan en torno al viejo bedel, que dobla la frente.

TELÓN

# TEATRO IMPOSIBLE

## DIALOGOS IMPERSONALES

# LA ALPARGATA Y EL SABLE

Al azar, y después de fortísima refriega, que dejaba el aire lleno de aterradoras resonancias, quedaron en la esquina de la calle un *sable* roto y una de dos pobres *alpargatas* que debieron pertenecer á algún osado de los que, con tan grave riesgo para sí se dieron, por aquellos días, á defensa de ideales.

En el desamparo de la calle, turbando apenas el silencio que sigue á los grandes estrépitos, el diálogo de ambos simbolillos era interesante:

LA ALPARGATA

Habéis estado duro, señor mío.

EL SABLE

Me movieron con dureza manos que no entendían de razones.

LA ALPARGATA

Ni á mí tampoco se me alcanza bien por qué salí á la calle, qué buscaba en ella, qué luchas me envolvieron; finalmente, qué me ha aprovechado venir á parar despanzurrada y triste á este rincón.

EL SABLE

Creo yo que ambos, hermana, somos infelicísimas criaturas.

LA ALPARGATA

Y no es el vuestro creer de lince, señor sable, sobre todo si atendemos sólo al lamentable aspecto de nuestra rota actual. Pero no nos abatan las desgracias, ni del daño presente exprimamos hiel con que envenenarnos para el resto de la vida; que ese es achaque de biliosos, ó á lo más de críticos, pocas veces dados á la inspección serena de las cosas. Vos, señor sable, aunque perniquebrado, parecéisme galán mozo. Yo, bien que el exterior aspecto no sea muy pomposo, hago de la buena compañera. Los dos podemos hablar y explicarnos nuestros casos. Por ellos tal vez nos venga el conocimiento de la causa que ha originado tantos males.

### EL SABLE

Poco entiendo de hablar, señora mía, ya que desde niño sólo instrucción de gimnasta he recibido, como si me prepararan para exhibirme en circo. Así, pues, hablad vos, que yo os escucho, y se me engendran, entretanto, las razones.

### LA ALPARGATA

Pobre soy; baja he nacido; corta vivo; miserable sufro; desamparada me combaten. Ni he solicitado el vivir, ni mi vida me parece otra cosa que satisfacción de ajenas necesidades. Lucra conmigo mi padre que me vende, mi amo que me explota y después me arroja inútil, el trapero anónimo que conmigo chalanea, el que fabrica papel y me aniquila ó el que escribe sobre él y me zahiere. Paria soy en la tierra, que no puedo quejarme. No es mi vida para mí, ni mis fatigas me aprovechan. Por eso rara vez sirvo con gusto y á los dos días de vivir ya parezco vieja y han perdido su tiesura y elegancia mis facciones. Se hace guiñapo sucio la compostura galana de mis cintas; pierde su gallardía natural lo trabajado de mi talle; me hace bolsas la ropa y yo misma cobro asco y disgusto de mi persona. Andan por ahí diciendo que también yo tengo derecho á vivir; que puedo ser una alpargata libre (y aun algunos dicen que *debo*); que á nadie, sino á mi propia, corresponde el fruto de mi trabajo; que el haber botas y alpargatas no es decir que las alpar-

gatas deban ponerse al servicio de las botas, sino, cada una en su terreno, que trabaje para sí; que no es el mundo tuyo ni mío (y me parece natural y llano), sino de todos y bueno para todos; que ha acabado el vivir unos sobre otros y que vuelve el vivir sobre la tierra, etc., etc. Dicen esto por tan diversos modos los que lo dicen y tantas razones hallan para probarlo, que en miles de años que han comenzado á decirlo, no las tienen agotadas todavía. Nadie les contradice formalmente, y ya que lo hagan, es por modo tan convencional y falto de sinceridad, que lo pobre, rutinario y hueco de sus razones, traiciona su falta de convicción. Es curioso de observar que ni nuestros propios verdugos y señores, niegan ya la razón que nos ampara. Les ves mantener conciliábulos ellos con ellos y dirigirse algunas veces á nosotras, siempre aparentando que buscan nuestro bien. Ya hemos llegado al contentar con palabras, que es llegar al punto capital de las cuestiones. Pues si de lo que nos rodea queremos sacar argumentos, vemos á la juventud gallarda y abierta, combatir por nosotras; al ejército sacerdotal de artistas y filósofos, hacer nuestra causa; á las naciones avanzadas, ponerse de nuestro lado; á la gente de periódicos, ateneos y academias, llevarnos y traernos constantemente y dotarnos de incógnita (que es, hasta ahora, nuestra dote única), para motejarnos de problema. La cuestión lo es del día, nadie lo niega. Se nos hace materia de estudio como si en las hambres valieran silogismos. Y á tal sazón hemos llegado de la controversia, que cuando todos se preocupan de nos-

otras y nos señalan el camino y nos leen la doctrina, casi habría parecida descortesía de nuestro lado no entrar también en la disputa y no tomar en ella parte activa, que al fin por sólo nosotras es, y nadie mejor que nosotras mismas para entender en ella. Salimos, pues, á plaza muy rumbosas; recortamos á la ambición las alas, al pedir dejamos en mantillas; lo de innovación y de reforma queda reducido á parcas alteraciones; nuestro pretender es modesto; nuestro reivindicar, tres varas por debajo de lo que los sociólogos pretenden. Y á pesar de todo, ¿creerás que hemos sido oídas? ¿imaginas que, halagados de nuestra generosidad, han corrido á concedernos lo poco que pedíamos, siquiera como hábil traza con que hacernos olvidar de lo mucho que se nos debe? —Deja allá esas esperanzas de poeta, amigo mío, y atiende nuestro caso, que tiene chuscas apariencias de sainete de farandulero, si ya no le asomaran puntas y ribetes de tragedia. Se consiente á los demás que proclamen nuestros derechos; pero cuando á nosotras nos ocurre ejercerlos, nos tapan la boca con libras de plomo y á los brazos que se levantan para pedir saben arrancarlos de su encaje; que es más fácil segar vidas que destruir sentencias, y con más prontitud se deja manco á un hombre que se le quita una idea, nacida libremente en su cabeza. No han discutido con nosotras, sino reñido. No se ha tratado de apaciguarnos, sino de deshacernos. No se ha buscado la razón de nuestra actitud, sino su término. Esto ha pasado; esto pasará; esto no tiene remedio, mientras á la sociedad se la concedan fa-

cultades para el crimen que en el individuo repugnan; mientras la fuerza sea una base de gobierno, y mientras nosotras, alpargatas, en nuestro desamparo, pidamos, y vosotros, sables, neguéis, en vuestra arrogancia sin razón.

EL SABLE

Movidos vamos, pobre muchacha, por manos en quienes la única razón es la obediencia.

LA ALPARGATA

Lo sé, lo sé; ni á vosotros os guardo rencor; aunque vuestra desaparición me parece necesaria.

EL SABLE

Yo la vería con buenos ojos. Cada día la sangre me repugna más: comprendo que los tiempos van cambiando; que ya las desordenadas pasiones no hacen á los hombres fieras cuando luchan, que cada vez es más alto el cráneo que abatimos y por más lleno de resplandeciente inteligencia más criminal y torpe derribarlo.

LA ALPARGATA

Podríais dedicaros á grandes menesteres: segar el heno de perfume penetrante; amontonar en ga-

villas el trigo de color de oro; hacer leña de los árboles secos para alimentar el fuego en el invierno. Es necesario fundiros nuevamente.

EL SABLE

Nos tendremos que separar.

LA ALPARGATA

Para reunirnos luego en un mundo amigable. El brazo que ahora te mueve es hermano del pie que á mí me calza. En esto fundo grandes esperanzas. La violencia no puede durar. Vendrán triunfos de amor.

EL SABLE

Quisiera abrazarte.

LA ALPARGATA

Es imposible ahora, que la sangre que llevas encima me repugna. En tu nueva existencia, después del trabajo, cuando huelas á hierba, recién segada...

Y la pequeña agitadora desplegaba insinuante todo lo que en ella pudiera parecerse á gracia femenina.

El sable soñaba con delicia en aquellos tiempos futuros del desarme.

# LOS DOS LIBROS

Los contemporáneos del nacimiento del Teatro llamaron *Bululú* al espectáculo que consistía en salir un cómico á las tablas y recitar él solo toda una obra dramática, anteponiendo á los parlamentos los nombres de los personajes que los iban parlando y adoptando, según la condición, sexo, edad y estado moral de cada uno de ellos, sendas y apropiadas actitudes ó tonalidades.

Hecha esta indicación, que me indulta para después de por lo menos cuatro notas explicativas, con apoyadura de textos eruditos, todo mi trabajo en este diálogo será ir copiando lo que, de un estante á otro de mi librería, se iban diciendo en la quietud, ya un poco tibia, de una de estas últimas siestas, un libro viejo con cubiertas de pergamino y otro flamante, pomposo y nuevo, todavía sin cubrir.

### LIBRO VIEJO

Por males de sus pecados y apariencias sospechosas y venirme sin bautismo, ¡atrás, seor novicio de

este monasterio, novato en estas armas y víspera de texto literario!

LIBRO NUEVO

No sé quién me habla desde abajo en una lengua muerta, sin vitalidad: lengua hecha de ecos...

LIBRO VIEJO

¡Atrás; de nuevo atrás, que antes de lástima y ahora de risa, acabará por dejarnos á todos malparados. Atrás he dicho, por venirme sin bautismo, ¿no me entiende? Es decir, que no le conozco padre y se los sospecho todos. En otras palabras, le llamaría libro mal nacido. Y empleando hablar de germanía libro hi-de-bellacona. ¿Es lengua muerta?

LIBRO NUEVO

Parece mentira que se traten cosas serias y profundas con tal falta de respeto. De vuestros insultos mordacísimos se desprende una conclusión: que á vuestros ojos soy yo un libro sin personalidad, sin lo que Taine llama carácter y D'Annunzio *stilo* ¿he comprendido?

LIBRO VIEJO

Fuera del triplicarse la falta, señor mío, por cuan-

to yo no le conjuraba en nombre del galo ni del romano, sino sólo en el mío propio, eso quise decir con mis palabras. Las cuales quiero declararle ahora despacio y con sosiego. Porque ni yo las dije á humo de pajas, señor mío, ni ellas han de referirse á vos solo, sino á muchos de vuestros hermanos en edad, similares en saber (que no es poco) y coaspirantes en gobierno (que no es tanto). Y ante todo, *libro mal nacido* le he llamado por lo que el propio ingenio de vuesa merced ó su, con razón, alarmada suspicacia han adivinado. Realmente, tantos libros nuevos como llegan diariamente á estos rincones, más parecen *bululú* de comicacho, que obra singular y propia de poeta. Fuera del citar, en los comienzos de cada parlamento, los nombres de los que hablan, todo es por las páginas de estas chuscas novelerías á manera del *bululú* de nuestros comediantes, en que habla una sola persona y nada dice por su cuenta, si ya no son los nombres de los que intervienen en la obra. No negaré que los que os escriben *saben;* que esto está á la vista y casi puede afirmarse que el más necio de entre ellos *sabe* á todos los demás. Pero invierten los términos y trabucan el sentido del saber. Si en lugar de aplicarse á la literatura se hubieran dado á la culinaria y fueran pinches de cocina, en vez de moscas de Ateneo, serían capaces de dar sabor y condimento á la cazuela, atendiendo más á esta tarea infecunda que á sacar á la mesa de las gentes manjares bien condimentados y sabrosos. Ellos se adoban, pulen y asaboran la cazuela, no lo niego; pero llegada la hora del banquete, olvidan poner manjares dentro

de ella, y con la priesa y el barullo, sirven á los comensales impacientes el adobo, la especie y la compostura solamente. El resultado es estragar el gusto de los que se sientan á la mesa; quemarles el estómago y abreviarles la vida cuando aspiraban á hacérsela gustosa. No quiero yo decir que se hurten los unos á los otros. Bien sabemos todos que las especias son de común uso en todas las cocinas y que sin embargo los manjares de cada cocina llevan el sello de cada cocinero. Pero es porque, además del condimento, se ha puesto en la cazuela manjar abundante y el arte del maestro de cocina, se apura todo en el *guiso*, que es fundir y armonizar la vianda con su adobo para dar como resultado el exquisito plato que ni es sólo vianda, ni sólo compostura, sino un magnífico y complicado término de todos estos varios ingredientes. Sin dejar este símil, puedo afirmar á vuesa merced, de una manera general, que los libros de ahora son más que nada catálogos de especias; que todos se parecen por ser comunes los adobos; que nuestros cocineros *guisan* mal, y que, ó por incuria ó por inopia se olvidan, en sus guisos, del manjar.

LIBRO NUEVO

Vos creeis...

LIBRO VIEJO

Que nunca como ahora han estado las cosas dis-

puestas para aplacar las hambres del estómago atendiendo, al mismo tiempo, á los refinamientos delicados del paladar. Que la variedad infinita de especias, su abundancia verdaderamente profusa, la facilidad de adquirirlas con el múltiple servicio de libros, revistas, bibliotecas y periódicos; la extraordinaria baratura y novedad de las llamadas bibliotecas populares, el ansia de hombrearnos con el extranjero y de salirnos á él, que, á medida que la casa se nos hace pequeña, vamos sintiendo los españoles, todo esto produce como resultado una atmósfera especial y deja en los paladares un á modo de sabor amargo de aperitivo que debiera despertar, en los que confeccionan libros, mayores ansias de no quedarse á medio vuelo y deseos más llevados á término de complacer á un público ahora en acabadas condiciones de gustarles y aprovecharles. En lugar de esto, prolongan indefinidamente la época de preparación y los comensales se entretienen al principio, se distraen luego y se cansan después en torno de la mesa del banquete...

LIBRO NUEVO

Un poco corrido.

Y el remedio...

LIBRO VIEJO

... Sería dejar de hacer campanería y comenzar la misa; terminar las listas complicadas y servir la co-

mida; dejarnos de exponer doctrinas y hacer obras. Nada interesan al público, ni es necesario, ni es natural que le interesen las discusiones; en cambio la obra acabada, limpia del contacto sucio con la realidad, sin apasionamientos por donde hacerla manzana de discordias en lugar de fruta de la vida; la obra de arte donde sin que se vean los ligamentos aparezcan perfectamente fundidas las nuevas teorías con la práctica perenne de la vida; la obra que descanse al público y no le obligue á discutir; la que en un momento lograría más que todas las enseñanzas y arrastraría al público y provocaría una nueva primavera, no asoma por ningún lado, no aparece, porque ni siquiera se piensa en producirla, porque los que escriben libros están atareados con abastecerse de especias y dejan que en la despensa se les pudran y deterioren los manjares. No ven que no sería necesario demostrar que saben hacer una obra, una vez que la sirvieran hecha.

LIBRO NUEVO

Pero enseñar al público...

LIBRO VIEJO

El público *sabe* más que vosotros: ha sabido siempre más: hacer artístico y vivo su saber: ese es vuestro triunfo.

# EL HUSO Y LA MÁQUINA

Habla un huso viejo, de los que por gracia de las humanas codicias y obra de la moderna ingeniería, se contradicen el nombre y están en *desuso*, con la majestad orgullosa y sonora de una complicada máquina, bien acorreada y bien rodada, en el acompañado desamparo de una fábrica.

Es hora de abrir puertas y tragar humanidad hasta cansarse. La cuadra inmensa del temeroso edificio es como boca de gigante y los telares y devanaderas como mandíbulas con siete hileras de colmillos. Hay bulla de mujeres en el aire, gritos de mando, discutir de mozos y zambra de chiquillos. De repente, se cierran las dos puertas y una limosna de sol que por ellas caía, tapizando el suelo, con la dorada alegría de la luz, desaparece definitivamente, como manto de reina, por detrás del oscuro cortinón que sus manos acaban de soltar.—La reina luz se va y en la cuadra inmensa deja la tristeza que debieron dejar, á su salida, en los tugurios de los pobres y de los leprosos, aquellas caritativas princesas de los tiempos medios, que con óleos y bendiciones los visitaban para confortarles.

Resuena un jadear monótono de ruedas; crujen las poleas, silba el vapor, se esparce el humo; gruñen las correas sin fin, chocan unos con otros los engranajes, y se dan, bajo la cuadra inmensa, á su intermitente danzar perniquebrado los chirimbolos y carretes de las máquinas. Hombres, mujeres y niños cuidan de ellas. Las limpian, alimentan, bruñen y suavizan. Jamás pastor estuvo más atento al palpitar de sus rebaños, ni padre á los deseos de sus hijos. Cumplen lás máquinas su labor fatal y sus guardianes se amodorran vigilándolas y su cerebro se hace, poco á poco, implacable y fatal, en el moverse, como las máquinas.

Pero en un rincón, olvidado de todos, cubierto de polvo, inútil y aviejado el *huso* antiguo, prescinde de cuanto le rodea, para entretenerse en amoroso diálogo, con la brillante *máquina* que la casualidad le dió por vecina... y dicen:

EL HUSO

Bien luces, recia suenas, incansable te mueves; orgullosa debe estar de tu obediencia la soberana voluntad que te domeña y amaestra.

LA MÁQUINA

¿*Amaestrarme* dices? Claro dejas ver, pobre vejete, lo rancio de tus ideas y la ruin vetustez de tu materia. Pasaron vuestros tiempos, á Dios gracias, y

lucen ya los nuestros cuadrados á compás y cortados sin faltas ni sobras, con sistema decimal y tiralíneas.—Reforma el habla, estudia el tiempo, alarga la vista y ni entiendas blanco por negro, ni te salgas de tono en el discurso.

EL HUSO

¿Tan gran dislate he dicho, gran señora?

LA MÁQUINA

Dislate es siempre dar por sentadas cosas imposibles, padre huso, y ese, si no me hace traición la memoria, ha sido el comienzo de tu discurso. "Orgullosa, has dicho, que estará de mi obediencia la voluntad que me domeña y amaestra." Este es tu error. Porque ni yo obedezco á voluntad ninguna, ni ninguna voluntad me perfecciona; ni, desde que soy, tengo capacidad de perfección.—Así me han hecho: así me muevo; así me moví ayer; así me moveré mientras exista. Nazco de una vez y mis primeros pasos son iguales á los últimos. No es mi oficio el hacer bien, sino el hacer mucho. No trabajo, sino fabrico. No me mueve una voluntad, sino un elemento. No me han construído por necesidad, sino por codicia. No soy alivio, sino tormento de mis guardianes. No producen ellos con mi auxilio, sino yo con el auxilio de ellos. Me disparan, no me acompañan en mi trabajo. No es mi trabajo obra de

ellos, sino fatal resultado de mis artefactos y movimientos. Porque eso soy nada más, cuando soy algo.—Movimiento: lo más rudimentario y bajo en el armónico concierto de la vida. Movimiento nada más: sin sentir que me retarde ó acelere; sin voluntad que me fecunde, sin obra singular que me eternice. Padre huso en tu humildad y tu modestia, eras más dichoso tú, que tus hijas estériles y sonoras.—En los rincones de los cuartos, junto á la cuna de los niños; bajo la agradable protección de las ventanas, padre huso, te acariciaban las manos de las vírgenes; entretenías la soledad de las esposas, recibías, como un legado de amor último, la sabia y unida labor de las ancianas. Variaba tu obra, con el variar de sentimientos en tus dueños y maestros. Era torpe y desigual bajo las manos tiernas; unida y apasionada cuando las madres jóvenes te destinaban á proporcionarles el hilo con que habían de abrigar los florecientes miembros de sus hijos: era finalmente lisa y resignada cuando las ancianas, supervivientes de una raza infeliz, hilaban sobre ti devotamente las mortajas de los suyos. De una manera se movieron sobre ti las manos de Margarita, todavía temblorosas de la presión de Fausto, y de otra manera descansaron sobre el blando cojín de tu mazorca los dos lirios de Senta, cuando, rodeada de sus amigas y con la vista perdida en el azul infinito, cantaba la balada del Holandés errante... Tú eras auxiliar bendito del hombre; instrumento de su voluntad; depósito de sus sentimientos, intérprete de sus quereres.—Por ti pasaban sin resistencia—intermediario casto—los

amores y las voluntades del que trabajaba, á la milagrosa flor de su trabajo.—Las manos perfectas, te hacían perfecto; las torpes te encontraban torpe: como de una lira, arrancaba el obrero de tu materia humilde las músicas que oía dentro de sí... No se hizo el ignorante vano delante de tu fuerza, ni el Maestro tuvo que humillarse al acompasado fatalismo de tu elaborar. Los hombres eran sinceros, en tu sinceridad. La perfección nacía de ellos y la buscaban sin descanso y encontraban gusto en la rebusca y el trabajo.—No querían enriquecerse, sino vivir. No produjeron cantidad, sino belleza. Lento era tu producir, padre huso, y el de tus hermanos los telares; pero lentas eran también las ambiciones y á los hombres enseñaba paciencia y constancia el paciente crecer de tu mazorca encinta. "Husada menuda al dueño ayuda", dijeron, con sabio decir de patriarcal resignación, y en cada hogar, padre huso, mazorca blanca, astro de paz, fuiste símbolo y sostén de la labor continua, fervorosa, querida y remunerada.—Estos fueron tus tiempos: no me hagas volver á los míos con el pensamiento y la palabra, ya que el uno me queda lleno de ti, padre huso, y la otra pierde su gracia y su vibrar de vida, en este pozo de monotonía...

EL HUSO

Larga ha sido tu plática y amarga como la zarza, pobre hija.—Como el que recuerda has hablado de mis tiempos, y como el que sufre de los tuyos. Bien claros quedan unos y otros y bien sentada la razón

de su diferencia. Nosotros fuimos instrumentos del hombre, para su trabajo. Vosotras, para su codicia y ambición. En nosotros encontró un auxilio; en vosotras un tormento...

### LA MÁQUINA

No hay más, padre huso, sino deshacernos nosotras y dejarte el lugar otra vez y poner lo justo donde reina la injusticia; el orden, donde se revuelve y agita la ambición.

### EL HUSO

No vale eso menos que decir á los ríos que remonten su corriente, ó á las aves que dejen de volar y que se arrastren por el suelo. ¿En qué estamos, hija, y qué turbación tienes que ya eres tú la del dislate?—Viejo soy; pobre me veo; se reducen á polvo mis tiesuras, y en la liviandad de mis maderas incuba la carcoma.—No soy yo, sino mi espíritu el que debe redimir á los hombres otra vez.—No es el huso, sino el sentimiento de sinceridad y de templanza que inventó el huso, lo que los hombres de tu tiempo necesitan.—¿Qué es mi forma deleznable y rústica y pobrísima, sin el maridaje de las voluntades humanas que suavizaron mi rustiquez y enriquecieron mi pobreza?—Cuando disientas de tus tiempos, pobre hija, y quieras desertar de ellos y te cojan ahogos de renunciación y deseos de muerte, tus maestros ó tus inventores rei-

rán de ti.—Ellos dirán que la corriente de los tiempos no vuelve atrás y que la vida no puede detenerse.—Entonces, hija buena y deseosa de bien, diles que, en verdad, la vida no puede detenerse y que ellos pretenden, sin embargo, detener el Espíritu, que es el alma y el fondo de la vida: diles que es imposible producir obra sin espíritu y que el espíritu no pueden transmitirlo más que las manos de los hombres: diles que inventen máquinas enhorabuena, pero no para beneficiar la cantidad, sino para encauzar el sentimiento.—Es otro camino.—No tienen más que proponérselo. La inteligencia es todopoderosa y sus fines deben ser altos. La selección y no el número es la ley de los seres.

LA MÁQUINA

Gracias, padre... ¿y tú crees que me escucharán los sabios?

EL HUSO

Es posible.—Lo difícil es encontrarles, para decírselo.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Las máquinas seguían gruñendo en la inmensa cuadra.—Oscurecía.

FIN

Madrid, Febrero 1903.

# DIÁLOGOS DE DOS DAMAS DE PARÍS

(INVIERNO Y VERANO DE 1906)

# I

## EL PROGRAMA SOCIALISTA

Al salir de la sesión, que ha sido noble y llena de interés, mientras por los corredores del Palais Bourbon los diputados, excitados por el verbo magnífico de Jaurés, discuten el programa socialista, dos damas, en el *confort* del automóvil, atravesando primero el puente grande y después la plaza de la Concordia, hacia la *rue Royale*, sienten el aire frío del caer de la tarde, abrigan en el chal de plumas los estremecimientos de los cuerpos finos, clavan los ojos en la vaguedad del aire, y hablan...

LA UNA

*Tout de méme*, Jaurés ha hablado bien...

LA OTRA

*Tout de méme*, sí.

LA UNA

Y el gesto suyo era hermoso... ¿Era hermoso, verdad, el gesto de Jaurés?

LA OTRA

¡Oh, cuando crispó los puños y dirigiéndose al turbio Clemenceau! — un embrutecido, este sucio Clemenceau—y dirigiéndose á Clemenceau, le preguntó: ¿y vosotros qué haréis? En aquel momento estaba Jaurés magnífico y bravo como un león magnífico...

LA UNA

Y es un poeta.

LA OTRA

Sí; Jaurés es un poeta.

LA UNA

Es divertido, ¿verdad? pensar que *dentro de unos siglos* la sociedad será tal como la describe Jaurés.

LA OTRA

*Dentro de unos siglos, tal vez muchos siglos;* sí, es divertido.

Y las dos damas, aseguradas en su tranquilidad dorada, se arrellanan más en el *confort* del automóvil.

LA UNA

*Por ejemplo*, el discurso de Clemenceau, mañana, va á aburrirnos.

LA OTRA

¡Oh, no puedo tolerar á Clemenceau!

LA UNA

Viste mal...

LA OTRA

Y su bigote es un cepillo.

LA UNA

Y aquel empeño suyo de empezarlo todo ahora, de preparar las cosas poco á poco, de realizar las pequeñas reformas, de molestarnos con las pequeñas leyes... Puesto que *la cosa* no ha de venir hasta dentro de unos siglos... ¿á qué empezar ahora?...

LA OTRA

Es verdad; ¿á qué empezar ahora? Por unos cuan-

tos años, ¿qué se perdería?... Sobre que me parece injusto hacernos trabajar en una obra cuyos beneficios tocarán nuestros bisnietos...

LA UNA

¿No se quejan de esto los obreros?

LA OTRA

¿No están por la participación de beneficios?...

LA UNA

Yo no le entiendo á Clemenceau.

LA OTRA

Prefiero á Jaurés... ¡Oh, ha explicado la doctrina socialista como una lección de historia!... ¿Ves tú? Es hermoso oir una lección de historia, saber guerras y turbulencias y hambres y sangrientos pasos, desde la paz de casa. Y, pasado ó futuro, todo es historia, ¿verdad? Uno vive en un paréntesis de rosa entre estos dos horrores. Ni el uno ni el otro atentan á la paz de casa...

LA UNA

Yo amo la Revolución, ¿no crees? Fué magnífica... ¡Y aquellos bailes de la guillotina no se oyen explicar sin estremecerse. ¡Oh, el pasado!

LA OTRA

Yo amo el socialismo de Jaurés... ¡Qué triunfo, entonces, cuando todos sean ricos! ¡Todos los tronos rodando! ¡Todos los altares en polvillo de oro!... Pero las mujeres encontraremos modo de conservar nuestro trono y nuestro altar: el tocador y la alcoba... ¡Oh, qué cosas digo! Decididamente las profecías de Jaurés me han excitado un poco... ¡Oh, el futuro!

LA UNA

¡No me molesta más que Clemenceau! Este caracol de Clemenceau, que es baboso y lento y repugnante como un gusano de gelatina... ¡Y su cáscara!... ¡Esta cáscara de las pequeñas reformas y las pequeñas leyes!...

Las damas entran en el *Thea Room* de la rue Royale... ¡Pobrecitas damas frágiles y suaves!

Ellas quisieran haber pasado desde las llanuras rojas de la Revolución á los campos de oro del Socialismo, dulcemente, apaciblemente, sosegadamente, como del *Palais Baurbon* al *Thea Room*, en el *confort* del automóvil.

## II

## LA "ROBE OLYMPIA"

En el salón de un gran modisto, *rue de la Paix*. Una de las damas, en pie, tras la vitrina con flores del balcón, mira distraída la calle; los automóviles que pasan, los coches que se detienen, los lacayos que saltan ágiles, las damas que descienden pausadas...

Su interlecutora, en una silla inverosímil, junto á una mesita lacada, de gusto antiguo, hojea periódicos y revistas...

Bruscamente, la Una dice á la Otra.

LA UNA

En aquel tiempo, querida, ¿contribuíste á la suscripción Manet?...

LA OTRA

¿A la suscripción?... Explicate, veamos, ¿qué Manet?

LA UNA

¡Oh, lo sabes bien!... Manet, un pintor... Veamos,

lo sabes bien... Algo en el género del Claudio de Zola en *L'œuvre*...

LA OTRA

¡Justo!... Un pintor revolucionario. ¡Oh!, pero entonces era yo oficial. Mi marido estaba en el Poder... Sí, recuerdo la suscripción. Era para adquirir un cuadro que después *nos* regalaron.

LA UNA

Sí, se regaló al Estado para que lo colocara en el Louvre... Pero no pudo ser... Parece que hay leyes... El pintor ha de morirse diez años antes de que sus obras pasen al Louvre. Y por entonces sólo hacía seis de la muerte de Manet.

LA OTRA

Sí; voy recordando. Y la tela quedó de antesala en *Luxembourg*.

LA UNA

Donde está todavía... ¡Y hace diez y seis años!... Bien contado, la espera es excesiva...

LA OTRA

¡Oh, debíamos hacer algo!... Este cuadro no puede continuar así... Es ridículo. ¿Qué es el cuadro?

LA UNA

Veamos, lo sabes bien... Una cosa en el género de siempre... Una mujer...—Una...

La dama pasa rápidamente los ojos por un periódico.

Esto es: Olympia, una mujer.

LA OTRA

Sí, sí, sí, estoy al corriente: una gran dama... No es el *chic* de Boldini; pero recuerdo perfectamente que Manet ha hecho retratos de gentes del mundo...

LA UNA

¡Oh, es seguro!... ¿De qué vivirían los pintores?... Pero, como has dicho, la espera de este cuadro en Luxembourg es ya ridícula... Habría que hacer algo... Veamos, tu marido...

LA OTRA

Oh, los hombres no logran nunca nada... No con-

temos: además, ahora hace con Clemenceau aprendizaje de conservador, á la inglesa... Hemos de lograr solas que triunfe nuestro Manet...

LA UNA

Los periódicos han iniciado una campaña.

LA OTRA

Los periódicos tienen pocos recursos; no pueden hacer campañas que duren más de tres días... ¿comprendes? Después sería monótono...

LA UNA

Pero entonces, ¿Manet se quedará en el Luxembourg eternamente?

LA OTRA

¡Oh, no! ¡Hemos de sacarlo!

Y en los ojos de la esbelta *parisienne* hay un destello bélico. Las dos damas buscan. Cruzan por sus menudas cabecinas planes inverosímiles. Hay una espera llena de suprema actividad. Repentinamente dice:

¡Ya lo tengo!... ¡Manet va á estar de moda este verano, y en otoño, fíjate bien, en otoño, saldrá del Luxembourg!

Su interlocutora tiene en los ojos relámpagos de celos. En este momento, irreprochable, ceñida la levita, impecables el cuello y la corbata blanca, entra el *modisto*, y, con una profunda reverencia, saluda á entrambas amazonas de la pintura.

LA OTRA

Veamos, querido, se trata de una cosa delicada, compleja, casi difícil. Un buen golpe de genio; una creación. Necesitamos que nos ayude, que luche con nosotras. ¡Oh, hemos de triunfar! Quisiéramos dos trajes en el género de la *Olympia*, de Manet...

Para comprender bien la estupefacción, perfectamente disimulada, del modisto al escuchar estas palabras, recordamos á nuestros lectores que la *Olympia* de Manet es un desnudo de mujer, uno de los desnudos más desnudos que se han pintado nunca.

Pero, genial, el modisto no vacila: no hay en sus ojos un pliegue de asombro, ni en su frente un matiz de duda. Recuerda vagamente que hay, no sabe dónde, en el cuadro de Manet, unas cintitas de terciopelo, tenues y colgantes... ¿No basta este detalle para *dar sabor?*... Y, sin una dubitación, el modisto dibuja: saca telas, combina terciopelos finos y colgantes, proyecta unos zapatitos de raso, de punta roma, como las zapa-

tillas del cuadro... No tarda en estar contento de su obra... Y mostrando el proyecto á las damas, añade:

EL MODISTO

Esta es, señoras mías, mi *robe Olympia*, la mejor creación de este año... Con esto, ¿ven ustedes?, una capotita torcida, de ala estrecha, con *chous* de terciopelos tenues... La fidelidad, la ilusión, la resurrección del modelo es sorprendente...

(Y la otra, encantada, añade:)

LA OTRA

Sí, todos mis elogios. Creo que he sido comprendida. ¡Manet saldrá del Luxembourg!...

# III

## LOS "BAÑOS DE LUZ"

En un rincón del salón grande—en realidad, un salón doble, con ancha arcada central que une ambos recintos—, dos damas hablan... La una, en floja *deshabillé* blanco y ámbar, está tendida con medio busto sobre unos cojines en la *chaiselongue* blanda y amplia... La otra, hundida en un sillón británico, cuadrado y grandes, cuyo respaldo forma ángulo oblicuo con el asiento extremadamente bajo, echa todo el busto atrás, ladea constantemente la cabeza de una manera lánguida, tiene ambos brazos rígidos, descansándolos por ambas manos sobre los extremos de la sombrilla que está horizontalmente colocada en su regazo, y ha cruzado sobre la izquierda su piernecita derecha, inverosímil y nerviosa que se aguza en la rodilla, como un ataque impertinente. El pie, bajo volantes, traza en el aire caracteres chinos... Así hablan...

**LA UNA**

*Voilá* nuestro *París l'eté* bien aburrido.

**LA OTRA**

¡Oh! es un pueblo para dormirle encima...

LA UNA

¿Sales pronto?

LA OTRA

Debí salir ayer... Pero ¡es horrible! Tuve mundo... Y luego, ¡este dichoso régimen de mis *baños de luz!*... El doctor opina que debo continuarlo una quincena.

LA UNA

Pero entonces, ¿era una cosa grave?

LA OTRA

Figúrate. Yo no lo habría imaginado, porque sufría poco. Pero el doctor me ha explicado cómo estaba realmente enferma, alarmantemente enferma. ¡Qué ciencia de hombre para encontrar la enfermedad donde apenas existe! ¡Figúrate que hay gentes desdichadas que viven toda su vida con esta enfermedad bajo la piel y mueren sin sospechar que la llevaban dentro!

LA UNA

¡Es horroroso!... Pero sufrirán de una manera horrible... morirán jóvenes...

LA OTRA

¡De ningún modo! La enfermedad no les da el sufrimiento más mínimo; ni un grano, ni una mancha en la piel, ni un día de inapetencia... Todo lo más algún vahído... en los momentos psicológicos... Lo ordinario... Esta enfermedad no acorta la vida. El doctor me ha explicado cosas horribles... gentes que han vivido ¡ochenta años! sin sospechar un día que estaban enfermas... ¡Oh, realmente es prodigioso llegar á descubrir dentro del cuerpo esta pequeña inmundicia que se obstina en no manifestarse!...

LA UNA

¿Y únicamente los baños de luz pueden combatir esta traidora eufermedad?

LA OTRA

Parece... ¡Oh, la cura es *chic!*... Y el doctor tiene una admirable clínica. Es preciso exponer el cuerpo desnudo á la lluvia de la luz roja, ó azul, ó verde, ó blanca, según los casos. La enfermedad tiene fases... etapas... Un verdadero ritmo de sinfonía. El doctor explica esto de una manera clara. Es espiritual. Por ejemplo, la cabeza no puede exponerse al baño de luz. La piscina luminosa tiene una cubierta de velos y sedas de donde la cabeza emerge... Y sólo el cuerpo, durante largas horas, en

postura de reposo, queda expuesto en lo interno del fanal-bañera á la acción tibia, ardiente á ratos, de la impalpable y luminosa medicina... Sientes crepitar en la piel la química virtud de la lumínica. ¡Oh, tienes un gran descanso y te parece vivir en atmósferas orientales! Las piernas y los brazos quieren nadar; se retuercen perezosamente en el ansia de un ambiente más espeso y palpable... Terminada la cura, sientes que has consumido las fuerzas, las malas fuerzas redundantes, en una acción de sueño. Es delicioso.

LA UNA

Es un milagro... Pero, ¿quieres decir que, sin haberme dado cuenta, no tendré yo á mi vez, dentro de la piel, la horrible enfermedad?

LA OTRA

Hay casos... Te presentaré al doctor... Puede ser; á veces...

LA UNA

¿Cómo conociste tú que estabas enferma?

LA OTRA

¡Oh! Casi nada... Ya te he dicho... algún vahído... en los momentos psicológicos.

LA UNA

Sí, sí, algún vahído... en los momentos... ¡Sí! Mi querida amiga, me has salvado. Yo también estoy enferma. Decididamente no salgo de París. Mañana empezaré mi cura.

LA OTRA

¡Oh, es horrible, la gente que está enferma sin saberlo!

LA UNA

¿Y toda la cura ¿se reduce á los baños?

LA OTRA

Los baños son lo importante. Pero hay modo de acelerar su acción. Por ejemplo, la ropa interior puede ser del color de la luz que te recetan... ¡Oh! Los colores cambian... No hay monotonía.

LA UNA

Tal vez sería prudente poner del mismo color los cristales de la casa.

LA OTRA

Y escoger, para adornar el salon, flores del mismo tono.

LA UNA

Y del mismo tono los tapices y los muebles.

LA OTRA

Y dar fiestas de colores determinados. Fiestas higiénicas y modernas.

LA UNA

Hasta las frutas y los vinos, en las *soirées*, podrían ajustarse al ritmo prefijado...

LA OTRA

¡Oh! *¡Sería nuevo!*

LA UNA

¡Oh! ¡Qué idea hemos tenido!

LA OTRA

Pero habrá que esperar...

LA UNA

El verano, en el campo, es inaguantable, espeso.

LA OTRA

Esperemos que la enfermedad nos dure hasta el invierno.

LA UNA

Sí, esperémoslo...

LA OTRA

¿Vendrás mañana á la clínica?

LA UNA

Decididamente, iré.

LA OTRA

Te mandaré mi *auto*. A las diez. Madruga.

LA UNA

Entendido. Adiós, querida.

Las dos damas se besan.

## IV

## FLORES DEL MAL

Boulevard Malesherbes.—Una enorme puerta, cobres bruñidos; patio, pabellones discretos; la *conciérge* prevenida, un gesto.—Al fondo, marquesina de cristales tenues, verdosos, doble puerta vidriada; escalera. Alfombra tupida; *parquet* de nogal, bruñido, oscuro; calefacción exagerada, luz de atardecer, muy tamizada, llena de calidad, flotante. Puerta en el primer rellano: *tournez le bouton s. v. p.*—Recibimiento: originales de estampas pornográficas; carnaciones finas, cofias blancas, medias suaves, sensualidad sin premeditación, ingenua; principio de siglo: una ojeada. Primer salón: muebles antiguos, telas viejas, alguna escultura... En un ricón, un inglés viejo; pasan unas damas; inclinación, monóculo, ligero movimiento, dejando paso.—Salón segundo: como el anterior: cuadros viejos, muebles, espejos; en un extremo, una tela digna de Wistlher... Una muchachita fina, gris, saltando á la cuerda... Comentarios, comparaciones.—Salón tercero: Mucha gente... Ruido de conversación discreta, acento sajón, exclamaciones de *amateur*: exposición intensa, rica, concentrada, de una buena parte de la obra de Aubrey Beardsley... En el centro del salón, otomana. Detrás de la otomana, sobre un caballete, retrato del pintor, por Blanche... Casi todos los originales, blanco y negro, á pluma.—Los marcos, sobrios, finos, de una sobriedad

británica.—Dos originales de carteles: la dama en el palco, tan conocida, y la modistilla del abrigo rojo... Junto á la chimenea, en el suelo, una reproducción admirable de la dama escotada, detrás de la cortina de tul, conocida también. Marco negro muy fino. En la otomana, hablando, dos damas...

LA UNA

¿No te dice nada esto?

LA OTRA

¡Oh, tantas cosas!

LA UNA

Tiene esto un poco de nuestro Baudelaire, ¿recuerdas? La línea, el refinamiento, toda la elegancia exterior, y luego, la perversidad interna, la riqueza de perversidad; lo artificial... sobre todo lo artificial... el arte y la gloria del vicio...

LA OTRA

Hay un matiz que olvidas. Baudelaire está todavía lejos de Oscar Whilde...

LA UNA

¿Crees?... ¿á pesar de las *Lesbianas?*

LA OTRA

A pesar de las *Lesbianas*—¿ves tú?—Lesbos es todavía *nature*... Repara: en Lesbos hay, todavía, gracia, feminidad, infancia... ¡Oh, mientras haya feminidad, el vicio es natural, ligero, no condena!... Te digo otra vez que la perversidad de Baudelaire era inocente... ¿Ves tú? Los franceses somos *fantasistas*, pero no monstruosos, no; para la monstruosidad nos sobra feminidad, temperamento... Esta frialdad del cálculo, que hace el vicio *irremediable*, que le da un sello fisiológico de perversión estereotipada, que tiene líneas suyas, modos suyos, vírgulas eternizadas y fijas en la carne, había de venirnos de Inglaterra... ¿sabes? Al lado de esto nuestros vicios son *enfantillages*...

Las dos damas se levantan. Se acercan á un cuadrito menudo, á pluma, marco blanco. Al pie, «Toilette de Salomé»... Contemplación; se acercan; vuelven á alejarse... Ligera sospecha de rubor; risita ahogada, adorable... Centelleo, azulear de llama de sándalo en los ojos, mirada circular para convencerse de que no son observadas... El público, de ingleses en su mayoría, en filas paralelas, hieráticas, contempla los dibujos, sin emoción exterior, frío, correcto, tal vez cumpliendo un deber nacional... Las dos damas, tranquili-

zadas, vuelven á mirarse: sonrisa compleja, inefable; vuelven á la otomana; vuelven á hablar...

LA UNA

Esta interpretación arbitraria de la *Salomé* me parece la obra capital de Aubrey Beardsley.

LA OTRA

Creo que sí. Sobre un motivo antiguo, eterno, ha dicho en ella todo el refinamiento de la perversidad moderna... Su ilustración no sigue el texto, sino el sentido del texto... El libro de Oscar Whilde y los dibujos de Beardsley no tienen otra cosa de común que el vicio...

LA UNA

Pasa como con las civilizaciones...

LA OTRA

¡Oh! ¿Sabes tú que acabas de decir una cosa real y perfecta?... De progreso en progreso, de descubrimiento en descubrimiento, los hombres varían por fuera, el *decor* cambia, la *toilette* humana se modifica... pero en el fondo...

LA UNA

En el fondo hay una cosa invariablemente igual, perfectamente común entre el hombre de ayer y el hombre de hoy... La serpiente-madre se arrastra perezosa por los limos de todas las corrupciones y se enrosca triunfante, vibrando las esmeraldas profundas de sus ojos, al tronco de todos los paraísos de esplendor...

LA OTRA

Lo que quiere decir que la *tcilette* de Salomé es la nuestra, y que Beardsley ha hecho bien vistiendo á su heroína un traje actual...

LA UNA

Por ejemplo, esta "entrada de Herodías" en la sala del festín es una cosa soberbia.

LA OTRA

Magnífica; es el pecado triunfante, dictador, imperial... Me hace sospechar los clarines de Strauss, en un momento heroico de su obra.

LA UNA

No divagues... Te confesaré que no veo mucho á

Strauss en la interpretación de *Salomé*... El hombre de la "Sinfonía doméstica"...

LA OTRA

¡Oh! ¿Por qué no? .. El vicio, sobre todo este vicio artificial, monstruoso, esta protesta contra la tiranía insoportable y diurna de lo natural, está en el fondo de todos los temperamentos... El hombre más sano lleva la muerte, bien envasada, en las arterias...

LA UNA

¡Oh, estás intolerable! Es ya la segunda frase doctoral que me disparas, y la Exposición Aubrey Beardsley no es el anfiteatro de la Sorbonne... Vamos.

LA OTRA

Sonriendo.

¿Por qué no? Donde se habla de vicio, quiero para mí una cátedra.

LA UNA

Levantándose.

¡Zut!...

Desfilan. Todavía una paradita delante del cuadro en que Salomé, soliviantada en el furioso paroxismo del deseo, clava los ojos sedientos en la cabeza angrienta del Bautista. Los labios abultados, grandes, encintos, anuncian el beso.

Las dos damas salen. En un rincón, unos ingleses escogen uno de los originales. Son transatlánticos, *yanquis*. Es necesario comprar algo; están indecisos... Repentinamente una jovencita rubia, cándida vaporosa, les llama; ha encontrado... Es una letra inicial para el capítulo de un libro... Bien grabada, la utilizará como sello... El dibujo, cuyo centro lo forma una L elegante, finísima de trazo, representa una Venus, á medio vestir, de carnes viciosas, maceradas, abundantes... En el fondo, unas columnas hechas de hacinamientos sabios de muslos, pelvis y senos de mujer... Un relente de profusa sensualidad llena toda la composición. Y los americanos compran; compran sin regatear, encantados. ¡Haber encontrado un L! Será el timbre de su hija... hasta para la ropa... para lacrar... para todo... ¡Han encontrado!

## V

## LA GUILLOTINA

En los jardines, un poco artificiales, de la *Villa-des-fleurs*, sentadas en estos sillones de junco que, con el amplio vuelo de los trajes claros, parecen grandes cestos de peonías, mientras se pone el sol y el cobre de una orquesta, que dirige Flon, rima con el cobre rojizo del ocaso, dos damas, recostadas, soñadoras, langorosas, hablan.

LA UNA

Yo no he presenciado nunca una ejecución...

LA OTRA

Yo conozco la guillotina por los libros.

LA UNA

*Tout de memme*, desaparece...

LA OTRA

*Tout de memme*, da pena...

LA UNA

Para un relato está bien...

LA OTRA

Recuerdo unas páginas... ¡oh, viejas ya! de Tourgueneff, sobre la ejcución de Tropman...

LA UNA

Las leí también entonces...

LA OTRA

No he conocido ningún verdugo.

LA UNA

Yo, uno; el último. Era una noche, á la salida de Olympia... Subía, por los *Boulevards*, hacia la Opera... Me lo mostró el duque... Apresuramos el paso para seguirle unos momentos... Era asque-

roso: un hombre usual, como todos, sin fiereza, sin distinción, sin sello... Vestía de bazar: un traje oscuro, azul marino... Llevaba una niñita de la mano... Le enseñaba las luces, los kioscos, los cafés; como un hombre cualquiera, como un buen hombre usual; ¡era indecente!

LA OTRA

Creo que la guillotina te habría hecho el mismo efecto... Había degenerado, era ya una mixtificación.—*Bluff*—dijo la dama.—El pequeño Brisecœur, que asistió á una ejecución, una madrugada, saliendo del Círculo, con mujeres, me lo contaba un día... El espectáculo, el aparato, la emoción—*frisson* dijo la dama—, no existían. En primera fila, los agentes y los periodistas—éstos, por ejemplo, salían á veces salpicados de la sangre, que saltaba en chorros finos.—Luego, soldados; soldados á pie, soldados á caballo; una barrera de uniformes que era un muro infranqueable entre el artefacto y la emoción de los curiosos .. Bien pensado, han hecho bien en suprimir las ejecuciones... ¿Qué interés tenían ya?

LA UNA

Es verdad; no tenían interés...

LA OTRA

¿Qué harán ahora de los grandes criminales?

LA UNA

Suprimida "la Viuda"—¡oh, "la viuda de los sangrientos brazos!" ¡Lástima de frase que perderá el sentido!—; suprimida la Viuda, queda la prisión, la cadena para en vida: es pobre, es vulgar, no *acaba* nada, la cadena. ¡Hay crímenes que *merecen* algo más!...

LA OTRA

Dará pena ver á los grandes criminales camino de presidio...

LA UNA

Bordando zapatillas, haciendo cestos de mimbres, trenzando cuerda... ¡qué suplicio para ciertas almas!

LA OTRA

Mira, por ejemplo, en Italia, donde la pena de muerte no existe, qné odiosas degeneraciones se registran...

LA UNA

Ayer me contaban; Musolino...

LA OTRA

Musolino ¡aquel hombre!—en su encierro de Elba, traduce á Homero y hace versos...

LA UNA

Un hombre que habría tenido *su gesto*, mirando al público, desde la plataforma de la guillotina!

LA OTRA

¡Y acabarán por hacerle académico...!

LA UNA

Como á todos, cuando ya no sirva para nada...

LA OTRA

La verdad es que han podido suprimir la guillotina, porque ya no existen los grandes criminales.

LA UNA

Degenera todo...

LA OTRA

Estos tiempos de Clemenceau son odiosos: se empeña en meter el alma de Francia dentro de su americana horrible...

LA UNA

Dentro de su americana de bazar...

LA OTRA

Este Gobierno pretende haber hecho un bien á los criminales suprimiendo la guillotina.

LA UNA

¡Qué aberración!... ¿Qué saben *estos hombres del impuesto sobre la renta*, lo que son los criminales?

LA OTRA

¡Oh, no los *comprenden!*

Y la dama, en el jardín artificial, porque ya el silencio es demasiado grande y la sombra se hace espesa, deja caer su cabecina sobre el respaldo del sillón de junco, y con los ojos muy abiertos trata de evocar en la sangre-amaranto de la puesta una visión de guillotina y una cabeza fiera, grande y orgullosa, de criminal soñado.

# VI

## EL PROBLEMA DE RUSIA EN 1906

Estos días son los del segundo *éxodo* veraniego. Las gentes de París abandonan los castillos del Norte y las playas bretonas ó normandas para venir á recoger las primeras noches frescas en este ambiente suave y modoso del Mediodía francés... Preludio ya de las reuniones autumnales, hacen las damas *del mundo* bucolismo de »ferme» ó de »Más», en los primeros días de Septiembre.,.

Recorriendo las sendas ordenadas, entre verdes y extensas »pelouses» y bajo la sombra de unos árboles que forman como un rústico jardín en torno de esta »ferme» en Fourques, hablan una dama, ya no joven, esposa de un cónsul francés en Alejandría, y otra dama arrogante, de belleza judía, que tiene profundos ojos negros, vivos y luminosos como los de la hija de Sylok en el »Mercader».

No muy lejos, en el fausto del ocaso, vagan unos pavos reales...

### LA ESPOSA DEL CÓNSUL

Las intenciones de Stolypine parecen rectas.

LA DAMA ARROGANTE

En Rusia todo es oscuro y tortuoso.

LA ESPOSA DEL CÓNSUL

Esta pobre hija de Stolypine, que pagará con la vida la desgracia de su padre, es lamentable...

LA DAMA ARROGANTE

El "bombismo" es feroz; es, sobre todo, ilógico; el "bombismo" encuentra siempre manera de parecer injusto.

LA ESPOSA DEL CÓNSUL

En todo acto humano hay siempre una cosa injusta y que contraría; esta mala semilla de todo acto, únicamente puede bonificarla y, en cierto modo, contrarrestarla, la influencia personal del que lo realiza. El "bombismo" es anónimo; en él está la violencia de la cosa, sin el encauzamiento de la persona; créelo, todas las cosas son malas porque son ilógicas, mientras no aparece el hombre; es decir, *la razón.*

**La noble cabeza blanca de la dama apoya con suprema expresión esta elegante teoría de racionalismo francés.**

LA DAMA ARROGANTE

Pero los rusos no entenderán esto nunca. Son todavía *pueblo*. Se mueven por masas. No tienen doctrina. Luchan por *sentimientos*. Son fatalistas. Aman la revolución por el *terror—una cosa vaga*—, no por la instauración del derecho, una cosa civil.

LA ESPOSA DEL CÓNSUL

Hace ya tres años que me apasionan los sucesos rusos. Todavía no he encontrado mi hilo de Ariadna en este laberinto.

LA DAMA ARROGANTE

¡Oh, parece que todo se explica por la falta de instrucción. ¡Son noventa millones de mujiks que no leen!

LA ESPOSA DEL CÓNSUL

¿Y Gappony?

LA DAMA ARROGANTE

Su apostasía se ha desmentido ya; parece que fué aquello un manejo policíaco.

LA ESPOSA DEL CÓNSUL

No; donde parece que hay que buscar el origen de los disturbios es en el divorcio entre el pueblo y el Poder.

LA DAMA ARROGANTE

¿Y la Duma?

LA ESPOSA DEL CÒNSUL

Habría logrado algo sin la disolución.

LA DAMA ARROGANTE

Lo dificulto. Recuerda la palabrería inflamada de las primeras sesiones. Recuerda la decisión de no conceder más que cinco minutos á cada orador, tomada en vista de las sesiones interminables... Las gentes hablan siempre poco, cuando saben lo que han de hacer...

LA ESPOSA DEL CÓNSUL

Pues ya no hay más remedio que echar sobre el Zar la culpa de lo que pasa...

LA DAMA ARROGANTE

En primer lugar, el Zar no tiene voluntad. No es bueno ni malo. Aquella cara es mate; no dice nada. En el Zar no hay más que un nombre.

LA ESPOSA DEL CÓNSUL

Ya basta.

LA DAMA ARROGANTE

Para la masa, sí; para hombres civiles, no.

LA ESPOSA DEL CÓNSUL

Quedan los duques...

LA DAMA ARROGANTE

Fábula. El Zar no los ve. Nicolás, en la tímida penumbra de los recuartos palaciegos, hace vida de familia: es de su mujer y de sus hijos...

LA ESPOSA DEL CÓNSUL

Se habló al principio y se ha insistido luego en la influencia de Trepoff.

LA DAMA ARROGANTE

¡El hombre de las manos rojas! Es otra invención victorhuguesca de nuestros periodistas despistados. Yo conozco á Trepoff. Le he conocido joven y le he seguido luego. Es un fanático del trono. No tiene ideas. Es todo lo contrario de un influyente: es un influído. El nombre y la persona divina del Zar le fanatizan. Fusila á los revolucionarios porque se lo mandan. Si mañana le ordenan que mantenga con sus cañones la inviolabilidad de los miembros de la Duma, se dejará matar por los *cadets* (*constitucionales demócratas*).

LA ESPOSA DEL CÓNSUL

¿Y la cuestión agraria?

LA DAMA ARROGANTE

Estos rusos que están en condiciones de establecer, respondiendo al espíritu nacional, un colectivismo práctico, parece que se matan por la propiedad individual...

LA ESPOSA DEL CÓNSUL

¿Y Polonia?

LA DAMA ARROGANTE

Polonia es conservadora.

LA ESPOSA DEL CÓNSUL

Pero, ¿las matanzas de judíos?

LA DAMA ARROGANTE

¡Un enigma!

LA ESPOSA DEL CÓNSUL

Se ha hablado de influencias extranjeras: acaso el interés de las potencias está en favorecer las luchas intestinas para aniquilar al enemigo grande...

LA DAMA ARROGANTE

Pase que el cerebro casuístico del Kaiser le sugiriera, en un principio, una política maquiavélica respecto al Zar. Deben datar de entonces sus consejos de resistencia á Nicolás. Tal vez esperaba acelerar un conflicto en su provecho. Pero la enorme resistencia pasiva de la Monarquía rnsa le desbarató los planes. Y las primeras víctimas de aquellos conse-

jos maquiavélicos fueron los banqueros alemanes de la frontera. Desde que el incendio prendió en la orla de su manto, al Kaiser le ha faltado tiempo de echar agua.

LA ESPOSA DEL CONSUL

¿Y Eduardo? Ya ahora está en la moda el poner juntos los nombres de ambos soberanos.

LA DAMA ARROGANTE

La correspondencia que mantienen Nicolás y el rey de Inglaterra es, en efecto, cordial y muy seguida. Pero Eduardo VII es un constitucional de raza, y sus consejos nunca habrán llevado ideas de torpes resistencias al ánimo del Zar...

LA ESPOSA DEL CONSUL

A pesar de todo lo cual, sigue en Rusia, y seguirá creciente, el gran brasero de la revolución anónima.

LA DAMA ARROGANTE

El brasero del fanatismo ruso, que se alimenta de sí mismo...

LA ESPOSA DEL CONSUL

¿Y qué remedio?...

LA DAMA ARROGANTE

¡Oh, uno solo! Esta cosa banal de que nos hemos reído tantas veces en París, de sobremesa!... Esta capa de tierra sana en el brasero... Esta fiesta de la *Diosa Razón*, ciñendo corona, en una tarde serena...

Nueva expresión inefable en la noble cabeza blanca de la dama... Lentos, medrosos, urbanos, pican en la arena blanca los dos pavos reales.

FIN

París, Mayo-Septiembre, 1906.



